

Hila con cuidado  
mi velo de nieve  
que vendrá el amado  
que al altar me lleve.



**FRANCISCO  
VILLAESPESA**

**SUS MEJORES POESIAS**

Diputación de Almería — Biblioteca. Villaespesa. Sus Mejores Poesias., p. 1

**ESTA OBRA NO  
SE PRESTA**

1.<sup>ª</sup> Edición.  
Editorial Brujara.  
1954  
2500.-



R-7896-A

SUS MEJORES  
VERSOS

1.<sup>ª</sup> EDICION  
AGOSTO 1954



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BUENOS AIRES

*"Agradecemos a Editorial Aguilar las facilidades que nos ha dado, al autorizar la edición de la presente antología, entresacada de las Obras Completas en dos tomos publicadas en la Colección «Joya»."*

PRINTED IN SPAIN

Impreso en G. Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

Reservados los derechos para la presente edición

VILLAESPESA  
*SUS MEJORES VERSOS*

---

*Prólogo, selección y notas*  
por

FEDERICO DE MENDIZABAL

*Laureado por la Real Academia Española  
Académico de varias RR. Academias  
nacionales y extranjeras.*



**FRANCISCO VILLAESPESA**  
**1879-1936**

## PROLOGO

*A Francisco Villaespesa, nieto,  
para estímulo de su vida en alba  
y flor.*

### I

*FRANCISCO VILLAESPESA vuelve a surgir, tras un largo período estéril, para iluminar de nuevo el corazón latino. Sus Obras líricas completas aparecerán en breve, recogidas por la prestigiosa Editorial-Ateneo «Aguilar», en su «Colección Joya». Dos tomos de mil quinientas páginas cada uno, que encierran más de setenta libros de versos del inmortal Maestro.*

*Preciso, con apremiantes inminencias, era encender este faro, más aun, en tiempos donde la incompetencia, la desorientación y la mala fe, destrozan, sin piedad, el prestigio que, desde Jorge Manrique hasta Villaespesa, logró forjar la más alta gloria literaria del mundo latino, por la poesía nacional española.*

*Villaespesa es y habla, para los espíritus nobles, creyentes en los más sublimes idealismos: en Dios, en el Amor — amor verdadero a la mujer — en la Patria*

y en la Belleza. Por eso no le comprenden — o no quieren comprenderle — los impotentes y los negativos, que hablan en sus rayas — no versos, ni siquiera líneas de una definida dirección — de los temas y objetos más absurdos, más imbéciles, cuando no más repugnantes.

La Poesía — con mayúscula — toda la Poesía, con su máximo esplendor en formas y en ideales, en temas y en intenciones, lo es la de Villaespesa. La única de hoy, que como afirmó la crítica italiana "será salvada"; la que como dijeron los críticos portugueses, "pontificó"; la que, resumiendo la crítica de Hispanoamérica, le hizo decir a Rubén Darío: "Al lado de Francisco Villaespesa, todos los poetas me parecen fríos y mentirosos".

Negar a Villaespesa en poesía será negar a Wagner en música y a Velázquez en pintura y a Benlliure y a Marinas como escultores. Sólo puede hacerlo un ciego del alma para el arte.

Velar por el nombre insigne y la fama legítima de Villaespesa, no es sólo un acto de justicia estricta; no es sólo una prueba de amistad leal; no es una revelación de buen gusto nada más; es, nada menos, que defender en toda su más sagrada intensidad, la grandeza inmortal de la Poesía española.



## II

Nació Francisco Villaespesa el 14 de octubre de 1877, y en la morisca Laujar de Andarax (Almería), dentro de la misma casa que fué mansión de Abén Humeya. Niño aun, comenzó su vocación a producir estrofas. A los catorce años publica, en "La Crónica Meridional" de Almería, su primer soneto, magnífico entonces para su edad, y que hoy en nada desmerece de los mejores suyos. Matriculado en la Universidad de Granada para estudiar la carrera de Leyes — hijo de Magistrado — aprobó dos cursos, viniendo a Madrid tras el vuelo de sus ilusiones de poeta, donde fué muy bien acogido, los meses que permaneció la primera vez en la corte, menos de un año. Vuelto a sus lares, para convencer a su padre de que los versos eran su verdadero destino, tuvo que matricularse de nuevo para el tercer curso. Salió camino de Granada, y puso rumbo a Málaga, donde recogió cartas de Díaz Escovar, Ricardo León, Salvador Rueda y otros ilustres poetas, para los de la Corte, y a Madrid volvió, vistiendo alquicel árabe, fez encarnado, babuchas bordadas...

Amistó con los grandes escritores de su tiempo, y en especial con Dicenta y Carrere. Fué con ellos, bohemio y grande. Por cada uno de sus libros — desde «La copa del rey de Thule» y «Rapsodias», quedó cimentada su reputación como el primer poeta español moderno.

Después, en 1911, Villaespesa surge a la escena espa-

ñola. María Guerrero, Carmen Cobeña, Margarita Xirgu, Anita Martos, Ricardo Calvo, Ruiz Tatay, Fernando Díaz de Mendoza, Alfonso Muñoz, Thuiller, son sus magníficos intérpretes. Las obras inmortales, se llaman: «El Alcázar de las perlas», «Aben Humeya», «Doña María de Padilla», «La Leona de Castilla», «Judit», y tantas otras más, que dan al poeta gloria y dinero.

Llegado el año 1917, Villaespesa parte al Continente americano y allí la espada de nuestros conquistadores encarna en su lira mágica. Realiza la conquista de América. Nuevos libros se producen y nuevas obras: «Hernán Cortés», «El sol de Ayacucho», y, sobre todo, «Bolívar», cuyo estreno se califica por la Prensa de América, como "escándalo de gloria", que reúne en un palco los Presidentes de todas las Repúblicas del Sur...

Su labor es la de un cruzado, más aquella tensión, le vence al fin y le hace caer víctima de un ataque de hemiplegia, siendo, seguidamente, repatriado por el Gobierno español.

La fatal enfermedad, inexorable, cruel, bajo los cuidados de los doctores Juarros, Albiñana, Pajares, San Antonio, Rojo y sobre todo, Alvarez Sierra, va minando lentamente su organismo fuerte, sin que los titánicos esfuerzos de los médicos, familiares y amigos, puedan impedir que, al fin, el día 9 de abril de 1936, cierre los ojos a la vida y los abra entre las estrellas de la inmortalidad.

No cabe toda su biografía dentro de los límites presentes. Baste decir que cuanto pueda sentir un hombre y expresar un poeta, lo sintió para expresarlo como nadie, Francisco Villaespesa. Como amante y como español, apasionado hasta el fanatismo. Como creyente y buen cristiano, unas horas antes de morir, ya viaticado, trazó los tres mejores versos de su gigantesca obra, que merecían esculpirse sobre su lápida como el epitafio de Shakespeare.

*Para saborear mieles de sus rebosantes colmenas himéticas, bastan unas páginas; para explicar su obra, para juzgarla y comprenderla en sus fabulosas dimensiones, preciso es agotar las tres mil páginas que ocupa en la "Colección Joya" de la Editorial «Aguilar». Sólo así se puede surcar el más irisado de los océanos líricos de España.*

*Villaespesa, de una máxima sinceridad poética, se halla con toda el alma desnuda y colosal, en su obra, tan íntegramente que no es necesario haberle conocido en persona, si nos hemos asimilado el espíritu de su producción, para tener el exacto concepto de su biografía, de su ser, de su presencia inmortal.*

### III

Para comprender, en un conjunto completo, la personalidad insigne del gran poeta, forzoso es presentarle, como hacemos hoy, en sus tres modalidades: lírico, épico y dramático. A Villaespesa como lírico no se le ha presentado en su rica variedad nunca. Varias poesías, celebérrimas y maravillosas se hicieron tópicos de las Antologías y sólo muestran una faceta del prodigioso prisma.

Cierto que no pueden omitirse jamás, poemas como «La hermana» que hizo al instante de su publicación, célebre y popular el nombre del poeta, siendo aprendida por millares de lectores; otras como «Renacimiento», que fijó, con sus catorce versos, como un escudo heráldico, la técnica y el espíritu del Modernismo; tampoco es posible prescindir de «Las fuentes de Granada», por ser una de las poesías más admirables y más musicales de todos los tiempos en las letras españolas, con una imagen homérica insuperable:

«arrastrando en el vivo fulgor de su corriente,  
en féretros de espumas, cadáveres de rosas...»

ni debe olvidarse nunca la sonora y deslumbrante elegía a Granada del «Aben Humeya» y de la que su hija Lola, como actriz magnífica, supo hacer una creación al recitarla siempre. Mas, al lado de éstas, que son ab-

*solamente imprescindibles, hemos querido colocar la elegancia de «La sombra de las manos», los sonetos de «Viaje sentimental», libro del que con autorizado juicio dice Azorín, ser el más transido de nuestra poesía.*

*Como contraste, quisimos incluir, la gracia sutil, aérea de «La rueca», con el sentido elegíaco de «El alto de los bohemios», y, como novedad, entregar a nuestro lector, una trascendental poesía de Villaespesa, que hizo vibrar a la crítica por sus sinfonizaciones: «Los murciélagos». Este poema, tal vez el más discutido de su triunfal obra «La copa del rey de Thule», se desconoce por todos los lectores del poeta, y, sin embargo, en el extranjero ha sido la producción lírica de Villaespesa más estimada. Se ha traducido a todos los idiomas europeos, llevando en alas de la fama el nombre del autor.*

*Luego del refinamiento, de la sutileza, que perfuma la lírica, quisimos presentar otra de las magnitudes del insigne cantor: la épica, y elegimos sus más vibrantes cantos.*

*Tan inminente se halla el poeta épico del poeta dramático — tal vez el mismo a diferencia de diálogo — que los poemas épicos, eran incluidos muchas veces por Villaespesa en obras teatrales; así, el «Canto a la bandera» figura en «La Maja de Goya»; y el «Canto a Roma» en su obra «Bolívar», y la «Elegía a Granada», en «Aben Humeya», como «El Chimborazo», en «El sol de Ayacucho».*

*Con éstos, magníficos, insertamos el célebre «Responso heroico al oficial desconocido», cuyos restos fueron hallados excavando los campos inmediatos a las lomas de San Juan. Un glorioso español caído en la última batalla. Su carcomida bocamanga de "rayadillo" tenía la estrella de alférez. Cuba le rindió los máximos honores de guerra. Villaespesa declamó su "responso heroico" en el cementerio, al inhumarse los restos entre salvas de cañones y fusilería. Fué su mayor emo-*

*ción y hasta los veteranos del Ejército de Cuba, que rendían honores, tenían los ojos arrasados en lágrimas. El rey de España, felicitó por cable al poeta, "como su mejor representante en aquel acto".*

*Por último, la gigantesca figura de Villaespesa, no tendría sus tres exactas dimensiones y, mejor aún, magnitudes, si omitiésemos la de su consideración y admiración como dramático.*

*"Sus éxitos en la escena, fueron de los más resonantes", afirma el ilustre escritor Federico Carlos Sainz de Robles, con imparcial nobleza nada frecuente, y así es cierto. De acuerdo, pues, con la crítica, presentamos escenas culminantes de sus obras, «El Alcázar de las Perlas», «Aben Humeya», «La Leona de Castilla», «Agustina de Aragón», y no resistimos a seguir la opinión ilustre de Azorín, señalando en la escena XIII del acto primero de «Doña María de Padilla», "los mejores versos de amor que conozco en nuestro teatro", y en la escena que incluimos de «Judit», una de las dos "soberbias", situaciones teatrales, que señala el maestro Azorín.*

*Es preciso, no restar más tiempo al insigne poeta. Contigo, lector, Francisco Villaespesa.*

*Y a tu diestra, sólo como heraldo,*

**FEDERICO DE MENDIZÁBAL**

## RENACIMIENTO

*A Manuel Reina*

El ritmo, el gran rebelde, me rinde vasallaje  
y cuando quiero ríe, y cuando quiero vuela,  
y he domado a mi estilo como a un potro salvaje,  
a veces con el látigo y a veces con la espuela.

Conozco los secretos del alma del paisaje,  
y sé lo que entristece y sé lo que consuela,  
y el viento traicionero y el bárbaro oleaje  
conocen la invencible firmeza de mi vela.

Amo los lirios místicos y las rosas carnales,  
la luz y las tinieblas, la pena y la alegría,  
los ayes de las víctimas y los himnos triunfales.

Y es el eterno y único ensueño de mi estilo,  
la encarnación cristiana del alma de María  
en el mármol pagano de la Venus de Milo.

## LA SONRISA DEL FAUNO

*A Manuel Machado.*

Hay rosas que se abren en selvas misteriosas,  
y mustias languidecen, nostálgicas de amores  
sin que haya quien aspire sus púdicos olores...  
¡hay almas que agonizan lo mismo que esas rosas!

Las mariposas tienden sus alas temblorosas,  
y en una loca orgía de luces y colores,  
ébrias de amor expiran en tálamos de flores...  
¡hay vidas que se acaban como esas mariposas!

¡Oh, púdicas vestales! ¡Oh, locas meretrices!  
¿Quiénes son más hermosas? ¿Quiénes son más felices?  
los hombres preguntaron, en una edad lejana,

a un Fauno que en las frondas, oculto, sonreía...  
Hace ya muchos siglos... y en la conciencia humana,  
el Fauno, a esa pregunta, sonríe todavía!...



## PERLAS DEL ALBA

*Al gran poeta  
Federico de Mendizábal*

### I

¡Oh, poeta de España, su cantor más altivo,  
paladín del más fúlgido y arrogante decoro,  
por quien, áureo, Zorrilla vuelve a ser redivivo  
en las líricas glorias de tu canto sonoro!

¿Qué saudade te abre de su arcón el tesoro  
cuando el sol de los siglos embalsamas cautivo  
y un clarín es tu canto, y es tu Raza el motivo  
del penacho glorioso de tu casco de oro?

Capitán de su Historia, te ha nombrado Castilla,  
y en ti, sueño que el nieto del abuelo Zorrilla  
nació en Avila y arma su pavés en Toledo,

y entre claras campanas, la muralla y el río,  
del acero que fulge de tu verso al denuedo,  
son Madrinas mis Musas y te siento hijo mío!

## II

Músico de las brisas y de las tempestades  
sinfoniza en la orquesta múltiple de tu verso,  
a la par que tus íntimas y humanas ansiedades,  
todos los fugitivos cantos del Universo.

Teje líricas randas con tus complejidades;  
funde en un himno alegre todo el dolor disperso,  
tú que en claros de luna para llorar saudades  
sabes ser siempre el mismo y ser siempre diverso.

Trueca en pomas de otoño la flor de tus abrils  
y en vino añejo el oro de tus vides tempranas,  
que, para que no mueran tus versos juveniles,

en una apoteosis de pompas orientales,  
mientras repican todas tus líricas «Campanas»,  
esculpo en mi soneto catorce arcos triunfales.

### III

Haz, poeta, que siempre tus penachos gloriosos  
y tu espada de oro, den al sol y a los vientos,  
de tu lírica fuerza los viriles acentos  
en tu clásica estrofa... Pisarán a viscosos

reptiles de la envidia los cascos poderosos  
de tu corcel de guerra... Serán ya, los momentos  
en que relampaguean sobre ti, turbulentos,  
como incendios de triunfo los soles victoriosos...

Tira, entonces, soberbio, del rendaje al caballo  
y arrójale al que quieras hacerle tu vasallo...  
¡Verás los enemigos cobardes y dispersos

cuando al fúlgido aplauso — trueno de la victoria —  
canten magnificencias helénicas de gloria,  
los clarines forjados del oro de tus versos!

#### IV

Haz del arte tu único culto imaginativo.  
Ten para todo ensueño tu corazón abierto.  
Muestra tus blancos dientes al ambiente agresivo  
y desdén la sórdida serenidad del puerto.

No pongas nunca término a tu vagar, y altivo  
cruza por las ciudades como por un desierto:  
para las claras fuentes del sentimiento, vivo;  
y para las miserias del egoísmo, muerto.

Haz del arte tu única religión; y tu vida  
para las comuniones de la Pascua florida  
ofrece en vino lírico y en hostias de canciones...

Y en vez de cuidar tórtolas y apacentar corderos,  
en la paz de tus blancos y ásperos ventisqueros,  
sé cazador de estrellas y pastor de leones.

## V

Yo te ofresco, poeta de las áureas canciones,  
en las torres bermejas un Alcázar de perlas,  
y al volver de las Indias, los viejos galeones  
sin velas, que no quieren, anclados, recogerlas...

Asómate a las proas y temblarás al verlas...  
¡Que llega el Almirante vencido de emociones,  
enfermo de sus glorias soñadas que al tenerlas,  
hacen que lloren juntos nuestros dos corazones!

Tú, como yo, rimaste la vida que vivías  
sangrando desde el fondo del alma poesías  
como rosas que cubren la lepra de lo humano...

Sube a mis galeones para que yo te escuche  
¡y desde sus bombardas contemple, como luce  
otro cachorro joven del corazón hispano!

## VI

Poeta, deja que labre su panal la colmena  
y que la hormiga colme de granos su hormiguero,  
mientras cife su traje nupcial el limonero  
y de nieve y de plata se viste la azucena.

El trabajo es sagrado y la Belleza es buena...  
Si quieres ser humano como eres de sincero,  
da miel al que labora y coloca un lucero  
sobre la frente pálida que ensangrentó la pena.

Para afinar tu canto, ciega a tus ruiseñores;  
da un perfume celeste de estrellas a tus flores;  
elévate a los cielos y desciende al profundo...

Mas nunca en el camino tu ritmo interior pierdas  
¡que llevas en la lira de tu alma tantas cuerdas,  
como tiene latidos el corazón del mundo!

## VII

Si vas por el sendero recto hacia tu destino,  
no escuches los halagos de esas voces confusas  
que hacen voluptuosas las siestas del camino...  
¡Es celoso, en su orgullo, el amor de las Musas!

En las intimidades de su festín divino,  
cuando su beso escancian, no toleran que intrusas  
bocas, manchen sus vasos ni profanen su vino  
ni que alientos extraños soplen las cornamusas.

Si tu alma de panida tu eterno amor anhela,  
despójate de todo lo material, y vuela  
hacia los áureos éxtasis en las alas del canto...

Y haz en la luminosa bondad de tu poesía,  
de tu dolor más hondo, un himno de alegría,  
¡y un milagro de perlas el temblor de tu llanto!

## VIII

Serás tú, quien sostenga sin rendir, en la mano,  
desgarrado en la lucha, nuestro altivo estandarte,  
capitán de la estrofa, paje noble del arte,  
trovador del más puro soneto castellano.

Heredero de un cetro, tú serás soberano,  
y harás sobre tus torres flotar, de parte a parte,  
nuestros áureos girones, armando el baluarte  
con la nobleza tuya y el jerifalte hispano.

Y desde los marmóreos y antiguos mausóleos  
que cubras del combate con líricos trofeos,  
tú, que sabes dar gloria y honor a nuestros nombres,

coronado en laureles inmortales de gloria,  
oye, Cantor de España mi juicio: no te asombres:  
¡Pasarás bajo el Arco de Triunfo de la Historia!



## PASIONARIA

*Al insigne poeta*  
RUBÉN DARÍO

### I

Con la cruz a cuestras  
como un Nazareno,  
subí la pendiente... Con groseras burlas  
me insultaba el pueblo.

Pero yo, impasible,  
seguí mi sendero,  
con la risa del héroe en los labios,  
la frente muy alta, mirando a los cielos!

Mi mejor amigo,  
nuevo Cirineo,  
en vez de ayudarme, riéndose hipócrita,  
en mi cruz apoyaba su cuerpo.

Un coro de hermosas y púdicas vírgenes,  
vestidas de blanco, flotante el cabello,  
nuevos Judas, besaron mi rostro;  
y de pálidas rosas ciñeron  
mi soberbia frente rígida y helada  
como la de un muerto!

Mas las rosás espinas tenían,  
las espinas mis sienes hirieron;  
y la sangre regó mi camino,  
por mi faz, gota a gota corriendo...

Rióse la plebe;  
las blancas deidades también se rieron;  
y entre lluvias de piedras y dardos,  
con mi cruz al hombro, rodé por el suelo.

Pero me alcé altivo,  
y mi larga senda recorrí de nuevo,  
con la risa del héroe en los labios,  
la frente muy alta, mirando a los cielos!

## II

La tarde moría;  
el sol ocultaba sus tristes reflejos;  
y legiones de nubes siniestras  
el aire cruzaban con tímido vuelo,  
cual tropel fantástico  
de gigantes y lúgubres cuervos...

¿Abajo?... ¡La plebe sedienta de sangre!  
¿Arriba?... ¡La sombra... la nada... el misterio  
con el índice puesto en los labios,  
imponiendo a las almas silencio!

Cansado y sin fuerzas,  
de sudor y de sangre cubierto,  
ascendí hasta la cumbre del monte.

Mis verdugos llagaron mi cuerpo...  
De la befa en la cruz me clavaron,  
y en aplausos las turbas rompieron!

De dolor heridos  
temblaron mis huesos...  
Doblé la cabeza, se nubló mi vista  
y lloré un momento...

Pero en un arranque de soberbia, el alma  
enjugó mis ojos y quedé de nuevo,  
con la risa del héroe en los labios,  
la frente muy alta, mirando a los cielos!

### III

Tuve sed... ¡Mis lágrimas  
a beber me dieron!...

¡Su lanza la envidia  
sepultó en mi pecho!

La noche avanzaba... Bramó la tormenta;  
rugieron los truenos;  
y a mi frente altiva le cifó el relámpago  
su brillante aureola de fuego.

Se alejaron, cantando, las turbas;  
estertor de muerte recorrió mi cuerpo,  
y expiró mi alma,  
igual que expiraron los titanes griegos,  
con la risa del héroe en los labios,  
la frente muy alta, mirando a los cielos!

#### IV

La piedad de un rayo  
con su cris de fuego,  
de la cruz bendita  
descolgó mi cuerpo...  
Oscuro sudario me prestó la sombra,  
sepultura el abismo en su seno;  
y en los negros brazos de la noche eterna  
descendí a la mansión de los muertos,  
con la risa del héroe en los labios,  
la frente muy alta, mirando a los cielos!

A extraños impulsos  
me alcé de mi tumba... ¡Salté de mi lecho!...

En las cumbres brillaba la aurora;  
y sus rayos dorados y trémulos,  
penetrando a través de mis rejas,  
mi cuarto inundaban en olas de fuego.

Cantaba la alondra  
sobre los floridos rosales del huerto...

Abri los balcones y la pasionaria  
prendida a sus hierros,  
tembló, derramando  
de sus blancos capullos abiertos,  
áurea lluvia de perlas o lágrimas...

Evoqué el pasado, recordé mi sueño;  
y quedé un instante  
del balcón apoyado en los hierros,  
con la risa del héroe en los labios,  
la frente muy alta, mirando a los cielos!

## LOS CREPUSCULOS DE SANGRE

*A Juan Ramón Jiménez.*

En los labios la sonrisa dolorosa de los mártires,  
a las luces moribundas y sangrientas de la tarde que  
[se apaga;  
él, mirándose en los ojos de la virgen soñadora,  
y ella oculta en negros tules, ojerosa, triste, pálida,  
por las senda más florida  
del jardín de la Esperanza,  
bajo un palio de rosales, de jazmines, de laures y de  
el Poeta [adelfas  
y su musa favorita, la que tiene la tristeza de la luna  
[en la mirada,  
livideces sepulcrales en las húmedas mejillas  
y jirones de tinieblas en la obscura cabellera destren-  
silenciosos atraviesan, [zada,  
con los labios sonrientes y las manos enlazadas!...

A su paso, como besos lujuriosos  
de unos labios de escarlata,  
triunfalmente se entreabren los claveles,  
y sus rojos dientes muestran, sonriendo,  
como lúbricas bacantes, las granadas.

La pureza de sus senos les ofrecen los jazmines  
y se agitan rumorosos entonando himnos de gloria  
los laureles que despiden resplandores de esmeralda.

Así cantan los claveles:

—El sol vierte en nuestras venas  
los ardores tropicales de su sangre epitalánica.  
Florece en los labios que se funden en un beso  
y en el rostro de la virgen que se entrega enamorada.

Somos himnos luminosos y triunfales en las rojas  
[epopeyas;  
regia púrpura en los mantos fastuosos del monarca;  
tibia lluvia de rubíes que enrojece las guirnaldas de  
[la novia;  
llanto rojo sobre el oro señorial de las tiaras,  
y en el fondo de los lagos, pabellones de corales,  
donde duermen las princesas y las novias encantadas!

Reflejamos en la sangre de los vinos — de los vinos  
[que enloquecen,  
el incendio lujurioso que devora nuestras almas.  
y en los rizos destrenzados de la lúbrica bacante,  
agoniza lentamente, como lívido crepúsculo, el fulgor  
[de nuestras llamas.

Ven, Poeta,  
y corona con nosotros los cabellos ondulantes de tu  
[amada...!

Y el Poeta  
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse  
con los labios sonrientes y las manos enlazadas.

Así cantan los jazmines:

—Somos risas hechas flores en los labios del Ensueño.  
Nuestra cuna fué la nieve que corona las montañas.  
Nuestros besos son los suyos temblorosos de la luna,  
y morimos en la sombra de las noches enlutadas.



Florece en el velo vaporoso de las vírgenes;  
a los cisnes les prestamos su blancura inmaculada,  
a los reyes el armiño de las túnicas triunfales,  
y a Pierrot las cadavéricas palideces de su máscara!

Somos niveas mariposas que entre flores aletean;  
en los cielos azulados, pasajeras nubes blancas;  
hostia mística en los cálices que en el templo se con-  
[sumen,  
apagados resplandores en el mármol de la estatua,  
y en los días luctuosos del invierno taciturno  
blancos copos de la nieve que desciende, silenciosa,  
[solitaria.

Nos abrimos al incendio de unos labios febricentes,  
en los senos palpitantes y desnudos de la joven des-  
[posada,  
y a la virgen que agoniza de ternuras y de olvidos  
le servimos de mortaja...

Ven, Poeta, \*  
y corona con nosotros los cabellos ondulantes de tu  
[amada!

Y el poeta  
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,  
con los labios sonrientes y las manos enlazadas.

Así cantan los laureles:

—Nos alzamos en las cumbres  
donde anida el sol y el águila  
y palpitan las estrellas fulgurantes de la Gloria.

En las rojas epopeyas somos palmas  
que arcos tejen cuando alegres, entre vítores y aplausos  
relinchando los corceles, y desnudas las espadas,  
los guerreros victoriosos  
en tropel cantando vuelven de los campos de batalla.

Alentamos en el circo la agonía de los mártires  
devorados por las fieras. Coronamos las estatuas  
vencedoras del olvido, y en la frente de los nobles pa-  
ladines,  
fiorecemos como triunfo de inmortales esmeraldas.

Son eternos nuestros éxtasis gloriosos...  
El mar besa con sus olas rumorosas nuestras plantas,  
y los rudos huracanes, que deshojan las florestas, aca-  
[rician  
con sus dedos temblorosos nuestra verde cabellera  
[destrenzada!

Ven, Poeta,  
y eterniza con un ramo de Laurales  
la hermosura pasajera de tu amada...

Y el Poeta  
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,  
con los labios sonrientes y las manos enlazadas...

Así cantan las adelfas:

—Nuestras flores son sangrientas  
como carnes desgarradas  
a mordiscos lujuriosos.  
Florece con la fiebre...  
Entonamos con el hacha  
reluciente del verdugo, la epopeya de la sangre...

Somos copas de diabólicos ensueños, cinceladas  
en el cráneo de las brujas, donde vierten su ponzoña  
las serpientes del delirio... las serpientes que enrojecen  
[nuestras almas...

Ven, Poeta,  
y corona con nosotros la cabeza soñadora de tu amada.

Y el Poeta,  
y su musa favorita, se pararon un instante...

En la negra cabellera de la virgen triste y pálida  
florecieron las adelfas...

El jardín de la Esperanza  
alumbraron los relámpagos de locuras y de fiebres...

Los claveles, los jazmines, los laureles, las adelfas,  
y sus hojas, arrastradas [se agitaron  
por la brisa gemebunda de la tarde que moría,  
se perdieron para siempre por las sendas solitarias  
lentamente, lentamente, como frágiles visiones  
de un ensueño misterioso que se esfuma en la dis-  
[tancia...

En el lánguido martirio de oro y púrpura  
el crepúsculo moría... Suspiraban  
temblorosas las adelfas...

Y al empuje de los vientos las simbólicas granadas,  
como lágrimas de sangre, sobre el suelo gris y húmedo  
sus rubíes desgranaban...

## M E D I O D I A

*A Mario Rapisardi.*

Ciegos horizontes...  
Humean los montes,  
entre la calina  
del sol. Una hoguera  
de polvo es el llano...

El aire calcina...  
En la carretera,  
el eje de un carro lejano  
rechina...

Llanura desierta...  
¡Pobre tierra muerta!...  
Arido paisaje  
sin sombras ni viento...

Solo algún perdido  
árbol retorcido  
dobla su ramaje  
seco y polvoriento...

Abrasa la planta  
la fiebre del suelo.  
Es de plomo el cielo  
La cigarra canta  
su monotonía...

Bajo el sol ardiente  
sueña el alma mía  
— sola en el camino —  
con el claro chorro del agua bullente  
que salta espumosa  
la fresca y umbrosa  
presa del molino!...

Ciegos horizontes...  
Humean los montes,  
entre la calina  
del sol. Una hoguera  
de polvo es el llano...

El aire calcina...  
En la carretera,  
el eje de un carro lejano  
rechina.

## EL ALTO DE LOS BOHEMIOS

*A Antonio Machado*

La lámpara esparce sus tenues fulgores;  
y ágil y nerviosa tu pálida mano,  
un canto, que evoca remotos amores,  
despierta en las teclas del viejo piano.

Un himno de alondras saluda a la aurora;  
surgen los preludios de la Serenata;  
vuelan hojas secas y una fuente llora,  
monotona y trémula, lágrimas de plata.

Vibran las esquilas, ladran los lebreles;  
a fiesta convoca la alegre campana;  
y entre panderetas y entre cascabeles,  
se acercan las músicas de una caravana...

¡Adustos bohemios, reyes andrajosos,  
que cruzáis del mundo los vastos confines,  
siempre pensativos, tristes y ojerosos,  
sollozando amores en vuestros violines...

¡Parad un instante bajo mi ventana  
y con vuestros cantos calmad mi amargura,  
que quiero mostrarte mi mano, gitana,  
para que me digas la buenaventura!

¡Adiós para siempre, rostros macilentos,  
barbas desgrefñadas, ojos asesinos!...  
¡Vuestro último canto se llevan los vientos  
con las hojas secas por esos caminos!

¡Pálida bohemia, errante adivina,  
que hoy gimes amores bajo mi ventana!...  
Dime, eco ligero, fugaz golondrina:  
—¿Bajo qué balcones gemirás mañana?...

¿Dónde va la inquieta y hábil tañedora  
de un arpa que vibra doliente en mi reja?...  
¡Hay algo en mi alma que suspira y llora,  
y que con el eco de tu voz se aleja!

¡Cabellos de oro, perfil vacilante,  
labios enfermizos, grandes ojos claros  
donde mi esperanza contemplé un instante,  
¿junto a qué camino volveré a encontraros?...

La música errante se va lentamente  
como los rumores de una serenata,  
y sólo se escucha la voz de la fuente  
que muere en un hilo de trémula plata!

## LA SOMBRA DE LAS MANOS

*A Ramón del Valle Inclán.*

¡Oh, enfermas manos ducales,  
olorosas manos blancas!...

¡Qué pena me da miraros  
inmóviles y enlazadas  
entre los mustios jazmines  
que cubren la negra caja!

¡Mano de marfil antiguo,  
mano de ensueño y nostalgia,  
hecha con rayos de luna  
y palideces de nácar!...

¡vuelve a suspirar amores  
en las teclas olvidadas!...

¡Oh, piadosa mano mística!...  
Fuiste bálsamo en la llaga  
de los leprosos; peinaste  
las guedejas desgredadas  
de los pálidos poetas;  
acariciaste la barba  
florida de los apóstoles  
y los viejos patriarcas;  
y en las fiestas de la carne  
como una azucena, pálida,



quedaste en brazos de un beso  
de placer extenuada!...

¡Oh, manos arrepentidas!...  
¡Oh, manos atormentadas!...

En vosotras han ardido  
los carbones de la Gracia.  
En vuestros dedos de nieve  
soñó amores la esmeralda;  
fulguraron los diamantes  
como temblorosas lágrimas,  
y entreabrieron los rubíes  
sus pupilas escarlata!...

Junto al tálamo florido  
en la noche epitalámica,  
temblorosas desatásteis  
de una virgen las sandalias...

¡Oh, mano exangüe, dormida  
entre flores funerarias!...

Los ricos trajes de seda  
esperando tu llegada,  
envejecen en las sombras  
de la alcoba solitaria!

En la argéntea rueca, donde  
áureos ensueños hilabas,  
hoy melancólicas tejen  
su tristeza las arañas!

Abierto te espera el clave;  
y sus teclas émpolvadas,  
aún de tus pálidos dedos  
las blancas señales guardan!

En el jardín las palomas  
están tristes y calladas,  
con la cabeza escondida  
bajo el candor de las alas...

Sobre la tumba el poeta  
inclina la frente pálida;  
y sus pupilas vidriosas  
en el fondo de la caja,  
aún abiertas permanecen  
esperando tu llegada!

¡Blancas, sombras, blancas sombras  
de aquellas manos tan blancas  
que en las sendas florecidas  
de mi juventud lozana,  
deshojaron la impoluta  
margarita de mi alma!...  
¿por qué oprimís en la noche  
como un dogal mi garganta?

¡Blancas manos!... Azucenas  
por mis manos deshojadas...  
¿Por qué vuestras finas uñas  
en mi corazón se clavan?

¡Oh, enfermas manos ducales,  
olorosas manos blancas!...  
¡qué pena me da miraros,  
inmóviles y enlazadas,  
entre los mustios jazmines  
que cubren la negra caja!

## LA RUECA

A «Yolanda»

La Virgen cantaba  
la dueña dormía...  
la rueca giraba  
loca de alegría.

—¡Cordero divino  
tus blancos vellones  
no igualan al lino  
de mis ilusiones!

Gira, rueca mía,  
gira, gira al viento...  
¡Amanece el día  
de mi casamiento!

¡Hila con cuidado  
mi velo de nieve,  
que vendrá al Amado  
que al altar me lleve!

Se acerca... le sienta  
cruzar la llanura...  
Sueña la ternura  
de su voz el viento...

Gira, rueca loca,  
¡gira, gira, gira!...  
¡Su labio suspira  
por besar mi boca!

¡Gira, que mañana  
cuando el alba cante  
la clara campana,  
llegará mi Amante!

¡Cordero divino,  
tus blancos vellones  
no igualan al lino  
de mis ilusiones!

La luz se apagaba;  
la dueña dormía;  
la virgen hilaba  
y sólo se oía

la voz crepitante  
de la leña seca...

¡y el loco y constante  
girar de la rueca!

## VIAJE SENTIMENTAL

### I

Una flauta suspira en la distancia...  
Joven pastor que tañes, yo daría  
las rosas y el laurel de mi poesía  
por la felicidad de tu ignorancia.

No tienes más amor que tu ganado,  
y la cabaña y el mastín e ignoras  
esas tristezas que en la flauta lloras  
y que contigo hacen llorar al prado.

Mientras lento el rebaño va paciando,  
al pie de esa nogal sigue tañendo,  
que de tu flauta la melancolía

los ecos tristes del pinar despierta,  
como los ayes de la pena mía  
cuando suspira por la amada muerta.

## II

Frescura matutina del paisaje...  
Verdores temblorosos de rocío...  
A veces, bajo el túnel del ramaje  
brilla al sol la serpiente azul del río.

Hay olor de vendimia en los parrales.  
Un silencio de paz duerme en la aldea.  
Sólo algún perro ladra en los umbrales  
del viejo hogar madrugador que humea.

En la azul palidez de la mañana,  
cerrada para siempre la ventana  
de las nocturnas citas... Con sus hojas

dosel la enredadera le tejía,  
y su pálido rostro sonreía  
ante un temblor de campanillas rojas!

### III

La hora nocturna tu perfume siente.  
Me hablan los astros de tus ojos bellos,  
¡y aún me parece que, calladamente,  
tus dedos acarician mis cabellos!

Apagando en la alfombra tus pisadas,  
llegas, Arcángel de mi Guarda, al lecho  
y separas mis manos enlazadas  
sobre la angustia que me oprime el pecho.

Y siempre miro, con melancolía,  
como tu imagen va borrando el día  
alboreante en el balcón abierto...

En un frescor de azul te has diluido,  
y aún suspira tu voz: —Todo ha concluído...  
¡Tú eres para el amor, igual que un muerto!

#### IV

En la quietud de la calleja oscura,  
bajo un cielo de esmalte azul y plata,  
se perdió la doliente serenata,  
perfumando la noche de amargura.

En el silencio nocturnal había  
un lírico y fugaz deshojamiento;  
ecos de coplas deshojaba el viento  
como frágiles rosas de armonía.

Se estremeció el florido jazminero  
de su reja, al oír en la desierta  
calleja, los sollozos de un cantar...

¡Viejo cantar de aquel sepulturero  
que al destapar el rostro de una muerta,  
tiró la azada y comenzó a llorar!



## V

En las horas de sentimentalismo,  
cuando las manos torpes buscan algo  
que acariciar, como un minero salgo  
del hondo subterráneo de mí mismo.

Ciega la luz mi vista dolorida  
de indagar los secretos de la sombra,  
y hasta la voz amiga que me nombra  
me parece una voz desconocida.

Tras los turbios cristales de mi llanto,  
perdió la vida su celeste encanto...  
¡Todo cuanto me cerca me da enojos,

pues para mí la dicha y la belleza,  
no estaban en tu amor, Naturaleza  
sino en el fondo de sus negros ojos!

## VI

Como una esponja el alma del paisaje  
absorbe todo el gris crepuscular,  
y ronco el viento ensaya entre el ramaje  
las contracciones del lejano mar.

Las ráfagas de lluvia en los cristales  
se estrellan golpeando con furor,  
y un relámpago pinta en los umbrales  
desenterrada imagen de mi amor.

Sobre el inmaterial blancor del cuello  
flota la tempestad de su cabello  
fosforescente en el turbión obscuro...

Dura lo que un ligero parpadeo...  
Abro los ojos y tan sólo veo  
el temblor de mi sombra sobre el muro.

## VII

Empañando el cristal de las ventanas,  
siento la lluvia lenta descender  
sobre las viejas calles provincianas,  
humedeciendo el gris atardecer.

El aire pegajoso tiene un frío  
y agrio sabor a hierro y a humedad...  
¡Todo el plomizo peso de su hastío  
desploma el cielo sobre la ciudad!

Parece que las casas, deslucidas,  
se juntan y se oprimen ateridas...  
La lluvia sobre el triste camposanto,

filtrándose en los nichos entreabiertos,  
iqué turbia y vaga sensación de llanto  
dará a las cuencas de sus ojos muertos!

## VIII

En la alta torre del dolor cautivo,  
amarrado al recuerdo con cadenas,  
como la sombra de Ugolino, vivo  
devorando a los hijos de mis penas.

¡Si tu mano descorre los cerrojos  
y a mi negra prisión llegas a verme,  
al mirarme en el fondo de tus ojos  
ni yo mismo podré reconocerme!

A veces por mis sueños áurea avanza  
la fugaz ilusión de la esperanza,  
más siempre melancólico despierto

y me hallo sólo en mi prisión cautivo,  
muerto para la vida, y sólo vivo  
para sentirme cada vez más muerto!

## IX

La vida para mí, perdió su encanto.  
Fué un eterno Calvario mi jornada,  
y es que mis ojos han llorado tanto  
que ya no puede interesarles nada.

¡Retorno a mis obscuras soledades!  
Bajo el claro fulgor de las estrellas  
crucé con mi inquietud tantas ciudades  
que no conservo ni memoria de ellas.

A todo afecto humano indiferente,  
camino a solas entre tanta gente,  
y en el arcano porvenir me pierdo...

¿A qué luchar cuando el amor no existe?  
¡Ya que morir con ella no supiste,  
anda a enterrarte vivo en su recuerdo!

## EL POETA RECUERDA...

Sus frases nunca me hirieron  
y siempre me consolaron...  
¡heridas que otras abrieron  
sus blancas manos cerraron!

Aun cuando penaba tanto  
tan buena conmigo era,  
que hasta me ocultaba el llanto  
para que yo no sufriera...

Con su infinita ternura,  
mi más intensa amargura  
supo siempre consolar.

¡y qué buena no sería,  
que al morirse, sonreía  
para no hacerme llorar!

## CREPUSCULO

*Al eminente actor*

**RICARDO CALVO.**

Los enamorados cruzan la floresta,  
unidas las blancas manos temblorosas,  
y triunfal recorre la ciudad en fiesta,  
otoñal incendio de llameantes rosas.

Rumores de danzas alegran las plazas,  
músicas bohemias pueblan los jardines,  
y entre los rosales, sobre las terrazas,  
un canto de amores gimen los violines.

Ligera armonía de notas inquietas  
vuela en las campanas, vibra en los pianos,  
ríe en el estruendo de las panderetas  
y tiembla en las arpas de los saboyanos!

¡Sendas del crepúsculo, largas avenidas  
que invitáis con vuestros misterios de nido,  
a estrechar el talle de nuestras queridas  
y a decirnos frases de amor al oído;

en todas vosotras asistí a una cita!...  
Conozco el paraje más bello y ameno,  
y sé el banco rústico que, escondido incita  
a inclinar la frente sobre un blanco seno!

¡Horas del crepúsculo que tristeza inspiran,  
sois las predilectas de las almas locas!...  
¡Entre vuestras sombras, los ojos se miran,  
las manos se buscan y se unen las bocas!

La brumas invaden los viejos jardines;  
un rumor de danzas se extingue en las plazas,  
y doliente y trémula, sobre las terrazas,  
la nota postrera vibra en los violines!...

En las calles solas, las primeras luces  
entre las tinieblas arden temblorosas,  
mientras de las torres en las altas cruces,  
deshoja el crepúsculo las últimas rosas!...



## LOS MURCIELAGOS

*A Pedro César Dominici.*

De la tarde que moría  
a los cárdenos reflejos,  
lentamente caminabas, deshojando margaritas,  
por la senda que perfuman los floridos limoneros...

—¿No te acuerdas...? — De repente, temblorosa,  
abrazándote a mi cuello, —  
¡Mira, mira! — murmuraste,  
en el nudo de mis brazos de terror desfalleciendo —  
¡cómo en torno de las flores  
giran locos los murciélagos!...

Y en las sombras que avanzaban, las luciérnagas,  
como cirios sepulcrales se encendieron...

Y doblaron lentamente las campanas  
con el fúnebre gemido de su acento...

Y en el negro catafalco te vi inmóvil, coronada de  
[azahares,  
con las manos amarillas enlazadas sobre el pecho...

Y trazando en torno tuyo  
la fatiga tenebrosa de su vuelo,  
con el frío mortuorio de sus alas membranosas  
te rozaron los murciélagos...

Los murciélagos son sabios. En los viejos pergaminos  
que en las sendas del convento  
impasibles contemplaron el martirio de los monjes;  
en las ruinas donde tejen su tristeza las esclavas del  
[misterio;  
en los altos torreones donde el mango se embriaga  
con el místico perfume de las flores de los cielos;  
en los antros donde impera la sonrisa de la esfinge,  
de la vida los ocultos jeroglíficos leyeron...

Son poetas. A las arpas olvidadas en las naves del  
[Castillo;  
a los órganos que gimen en las bóvedas del templo;  
al pausado clavicordio que una mano aristocrática  
del salón en la penumbra para siempre dejó abierto;  
a los rojos violines que suspiran silenciosos  
en las lóbregas buhardillas de los pálidos bohemios.  
con sus alas temblorosas arrancaron  
fugitivas vibraciones de suspiros y de besos!...

Junto al Cristo que sucumbe  
en el místico madero,  
de las lámparas de oro parpadean  
los ágónicos reflejos;  
y a ellas vuelan con las alas extendidas  
los fatídicos murciélagos...

Y las lámparas se extinguen...  
Y profanan el silencio  
de las bóvedas sombrías, las siniestras carcajadas del  
[hereje  
y las roncadas maldiciones del blasfemo...

A los últimos fulgores de la tarde moribunda  
aparecen los murciélagos...  
Son suspiros que se escapan de los labios de la sombra...  
Viven sólo en los sepulcros del ruinoso cementerio...  
Se alimentan con los lívidos gusanos que devoran a  
[las vírgenes...  
Se emborrachan con la sangre coagulada de los muer-  
[tos...

Al contacto de sus alas, los rosales se estremecen,  
y las rosas con el llanto luminoso de sus pétalos  
ensangrientan las mortales palideces del crepúsculo,  
que al son ronco de las fúnebres campanas, lenta-  
[mente va muriendo...

¡Oh, amarguras infinitas!...  
¡Oh, recónditos pesares!... ¡Oh, murciélagos!

Vuestras alas obscurecen los fulgores de las lám-  
[paras  
que iluminan los altares melancólicos del templo  
donde, exangüe, coronado de nostalgias y de espumas,  
muere el Cristo triste y pálido de mi loco pensamiento!

Anidasteis en la tumba de mis muertas ilusiones.  
Vuestro fúnebre contacto ha dejado sin un cáliz el  
[rosal de mis Ensueños;  
y en las hondas sepulturas,  
donde yacen enterrados mis recuerdos,  
se enrojece vuestro hocico, vuestro hocico repugnante  
[de vampiros,  
con la sangre coagulada de mis muertos.  
De las vírgenes difuntas que se pudren en sus tála-  
[mos de piedra  
con las manos amarillas enlazadas sobre el pecho!

Se marcharon mis alegres camaradas...  
En las calles aulla un perro.  
Agonizan los fulgores de mi lámpara  
y en el aire ebrios de sombra, giran locos los mur-  
[ciélagos...

¡Oh, mi virgen! ¿No te acuerdas? En mis brazos  
la escultura dolorosa de tu cuerpo, [apoyando  
a los rayos de la luna lentamente caminabas,  
deshojando margaritas por la nieve del sendero.

De repente nuestras frentes rozó al ala  
de un fatídico murciélago  
que en la calma de la noche se perdió como un presagio  
de amarguras infinitas...

Las estrellas como cirios sepulcrales se encendieron,  
y doblaron lentamente las campanas  
con el fúnebre gemido de tu acento...  
y en el negro catafalco te vi inmóvil, coronada de  
[azahares,  
con las manos amarillas enlazadas sobre el pecho...

El terror abrió mis ojos...  
Los fulgores de la lámpara morían, y turbaban el si-  
de mi alcoba solitaria, los medrosos aletazos [lencio  
de un fatídico murciélago...

## LA HERMANA

*A Bianca María Camarano.*

En tierra lejana  
tengo yo una hermana.

Siempre en Primavera  
mi llegada espera  
tras de la ventana.

Y a la golondrina  
que en sus rejas trina,  
dice con dulzura:

—¡Por aquella espina  
que arrancaste a Cristo,  
dime si le has visto  
cruzar la llanura!

El ave su queja  
lanza temerosa,  
y en la tarde rosa,  
bajo el sol se aleja.

Desde su ventana,  
mi pálida hermana,  
pregunta al viajero  
que camina triste:

—¡Por tu amor primero  
dime si le viste  
por ese sendero!

Pero el pasajero  
su calvario sube,  
y se aleja lento,  
dejando una nube  
de polvo en el viento!

Desde su ventana  
a la luna grita  
mi pálida hermana:

—¡Por la faz bendita  
del Crucificado,  
dime en qué sendero  
tu rayo postrero  
su paso ha alumbrado!

La luna la vaga  
llanura ilumina,  
trémula declina,  
y en el mar se apaga.

Acaso yo errante  
pase vacilante  
bajo tu ventana;  
y sin conocerme,  
mi pálida hermana,  
preguntas al verme  
venir tan lejano:

—Dime, peregrino,  
¿has visto a mi hermano  
por ese camino?

## LAS FUENTES DE GRANADA

Las fuentes de Granada...

¿Habéis sentido  
en la noche de estrellas perfumada,  
algo más doloroso que su triste gemido?

Todo reposa en vago encantamiento  
en la plata fluida de la luna.  
Entre el olor a nardos que se aspira en el viento,  
la frescura del agua es como una  
mano que refrescase la sien calenturienta.

El agua es como el alma de la ciudad. Vigila  
su sueño, y al oído  
del silencio le cuenta  
las leyendas que viven a pesar del olvido,  
y bajo las estrellas de la noche tranquila  
tiene palpitaciones de corazón herido.

¡La voz del agua es santa!  
Quién la profunda música de su acento adivina  
comprenderá algún día la palabra divina...  
¡El agua es guzía, donde Dios sus misterios canta!

Las fuentes de Granada...

¿Habéis sentido  
en la noche de estrellas perfumada  
algo más doloroso que su triste gemido?

Una, gorgoteante, suspira entre las flores  
de un carmen, esperando la mano de un ensueño  
que abra a la blanca luna sus claros surtidores  
para dar a la noche sus diamantes de sueño,  
y mientras sobre el mármol, una a una, desgrana  
las perlas de sus ricos collares de Sultana.

Algunas se despeñan como ecos de torrente  
y entre las alamedas descienden rumorosas,  
arrastrando en el vivo fulgor de su corriente  
en féretros de espumas, cadáveres de rosas.

Otra, por las paredes resbala, lentamente,  
y entre las verdes hiedras lagrimear se siente,  
como si poco a poco por una estrecha herida  
se fuese desangrando hasta quedar sin vida.

Las hay ciegas, y en ellas  
llora toda la móvil plata de las estrellas.

Hay en el aire tanta humedad que da frío.  
La noche un fresco aroma acuático deslie.  
El agua llora, gime, suspira, canta y ríe,  
y dominando el gárrulo y eterno murmurio,  
se oyen plañir las roncas serenatas del río...

La sangre de Granada corre por esas fuentes,  
y en el hondo silencio de las noches serenas,  
al escuchar sus músicas sobre los viejos puentes,  
la sentimos que corre también por nuestras venas!



Aduerme nuestro espíritu su musical encanto;  
bebemos el ensueño de sus respiraciones;  
penetra hasta la carne en lentas filtraciones  
y huye por nuestros ojos en un furtivo llanto...

Las fuentes de Granada...

¿Habéis sentido  
en la noche de estrellas perfumada  
algo más doloroso que su triste gemido?

## ELEGIA A GRANADA

¡Granada, Granada,  
de tu poderío  
ya no resta nada!  
Lloran elegías las aguas del río  
y entre sus cristales, ya no te reflejas  
como una sultana, la sien coronada  
de áureos minaretes y torres bermejas.

Ya tus tejedores no entonan cantares  
mientras tus telares  
hilan las más ricas y frágiles sedas...  
Mudas se quedaron tus alfarerías...  
¡Tan sólo las brisas lloran elegías,  
entre los verdes de tus alamedas!

El agua que en todo, su frescor diluye,  
es llanto que eterno de tus ojos fluye  
llorando la antigua grandeza pasada.  
De tu poderío ya no resta nada...  
¡Tu gloria, Granada,  
pasó como pasa bajo el puente el río!

¡Hoy entre tus muros no hay un alarife  
que teja el ensueño de un Generalife  
con gemas y perlas y randas de encajes;  
ni al marcial estruendo de atambor sonoro,  
cruzan por tus plazas los Abencerrajes,  
vestidos de plata y armados de oro!

¡Ya las callejuelas de tu Alcaicería  
no invade el tumulto ni la algarabía  
de hombres que discuten en lenguas extrañas;  
ni sueñan princesas tras los alhamíes,  
ni en Bib-Rhambra quiebran, justando sus cañas,  
gallardos Gomeles y altivos Zegríes!

¡Ya por Puerta Elvira,  
la plebe de activos obreros no mira  
pasar los botines guerreros... Altivos  
caudillos, de polvo, de sangre bañados,  
que arrastran cadenas de tristes cautivos  
por largas hileras de picas guardados;  
ni ve los camellos de las caravanas  
que vienen cargados  
con oro y perfumes de tierras lejanas;  
ni entre la arboleda que ensombra el camino  
contempla un relámpago de armas que se aleja;  
ni de las antorchas a la luz bermeja  
levanta palacios dignos de Aladino!...

¡Ya el Darro no copia sobre sus cristales  
ojos negros, entre nubes de almaizales,  
ni a beber sus aguas inclinan los cuellos  
mojando las crines, ágiles corceles,  
mientras de la luna los blancos destellos  
riman con la albura de los alquiceles!

¡Ya el Genil no riega  
las huertas floridas  
que pueblan la vega,  
ni en sus frescas aguas lavan sus heridas  
soldados que tornan de alguna algarada!  
¡Su corriente gime como avergonzada;  
una pena eterna suspira en su canto,  
cual si en vez de aguas arrastrasen llanto!...

La Alhambra está sola. Entre la floresta  
ya no queda un eco de la antigua fiesta.  
Bajo los encajes de los ajimeces  
la voz de la guzla no solloza amores  
mientras entre aromas y entre ruiseñores,  
da la luna al mármol áureas palideces.

Ni en las alcáfitas de sus patios mudos  
tejen odaliscas con los pies desnudos  
todas las lascivas danzas del Oriente  
entre los perfumes de los pebeteros;  
ni por sus mosaicos resbalar se siente,  
la espuela de oro de altivos guerreros!...

¡Granada! ¡Granada!... ¡Tu Alhambra está en rui-  
Llorando hasta el Africa van las golondrinas [nas!  
a dar a tus hijos el triste mensaje,  
y tus nobles hijos lloran de coraje,  
ensillan los potros, empuñan la espada  
y aullando de rabia se van hacia el mar,  
y al ver los perfiles de Sierra Nevada  
se postran de hinojos y gimen: —¡Granada!...  
y las olas lloran al verlos llorar!...

¡Granada! ¡Granada!  
de tu poderío  
ya no resta nada!

Lloran elegías las aguas del río  
y entre sus cristales ya no te reflejas,  
como una sultana, la sien coronada  
de áureos minaretes y torres bermejas!

## CANTO A ROMA

¡ROMA!... ¡Loba materna, ciudad de maravillas,  
la primera de todas en la paz y en la guerra,  
cuyo nombre glorioso se pronuncia en la tierra  
con los ojos al cielo, temblando y de rodillas!

—¡Roma!... ¡Roca Tarpeya, el Capitolio, el Foro,  
y en una apoteosis de palmas y de flores,  
monarcas arrastrando las carrozas de oro  
y marfil, de los Cónsules y los Esperadores!...

¡Roma es luz y es tinieblas! ¡Es fuerza y es dominio,  
heroicidad y crimen; esplendor y boato;  
es el puñal de oro que hiere a Viriato  
y es el hacha de plata que decapita a Arminio!...

Es garra de diamantes y es arado fecundo;  
es festín y hecatombe; desinterés y medro;  
el águila de César y la Cruz de San Pedro  
clavadas en el centro del corazón del mundo!...

La Eternidad, ¡oh, Roma! se ha nutrido en tu pecho;  
en ti, todos los dioses erigieron altares;  
a los pueblos les diste, la Fuerza y el Derecho;  
al Arte, los más dulces y sonoros cantares.

las más bellas estatuas, las telas más gloriosas;  
a la Virtud y al Crimen, los más altos ejemplos...  
¡No hay templos más hermosos ni firmes que tus tem-  
[plos  
ni rosas que perfumen lo mismo que tus rosas!...

No hubo ciudad ni pueblo, montañas ni arenas  
en donde con la espada tus leyes no impusieras,  
ni mar que no mirase sangrar en sus cristales,  
la victoriosa púrpura de tus áureas galeras!...

Infiltraste tu sangre de ceniza y de lava  
en las venas de fuego de los Conquistadores.  
¡No hay Raza que no haya sido, Roma, tu esclava,  
ni pueblo que no haya llorado tus rigores!...

Como en sacro museo, acogiste en tu alma  
todo el marmóreo Olimpo de los dioses paganos  
y diste catacumbas, circos, martirio y palma,  
y luego altar y templos; al Dios de los cristianos...

El pensamiento humano crujió bajo tu rueda;  
se desangró Rienzi, ardió Savonarola...  
¡Deshácese los siglos como una inmensa ola,  
pasan los dioses, pero tu gloria, eterna, queda!

Ruedan razas y siglos y sentada en tu solio  
permaneces inmóvil y aún los senos fecundos  
de la Loba de Bronce sobre su Capitolio,  
como a Rómulo y Remo, amamanta dos mundos...

Nadie arrasó tus muros, nada tu fuerza trunca,  
pues sobre el sortilegio de tus siete colinas,  
de todas las catástrofes, más hermosa que nunca,  
igual que el Ave Fenix, renaces de tus ruinas...

Y el día en que tu gloria despéñese al profundo  
y se desgarre el velo de plata que te encierra,  
se habrá paralizado el corazón del mundo.  
¡y habrá muerto en las sombras el alma de la Tierra!

## CANTO A LA BANDERA

¡CONTEMPLADLA desplegada,  
altiva al viento flotar,  
por las balas desgarrada,  
orgullosa de mostrar  
eternamente a la Historia,  
entre torres y leones,  
sus sangrientos desgarrones,  
cual cicatrices de gloria!...

¡Santa bandera de España,  
que a toda vileza extraña,  
en medio de los clamores  
de invencibles paladines,  
entre un trueno de clarines  
y un redoble de tambores,  
desplegada, en son de guerra  
todo el mundo atravesaste...  
y cuando mezquina hallaste  
para tu ambición la tierra,  
en tu generoso anhelo  
subiste al azul del cielo  
queriendo, altiva, encerrar  
entre tus pliegues el sol,  
¡para poder alumbrar  
todo el Imperio español!...

¡Eres, gloriosa bandera  
norte y luz de nuestros ojos;  
el altar, donde de hinojos  
rezamos por vez primera;  
el regazo maternal  
a cuya tibia ilusión  
se abrió nuestro corazón  
como si fuera un rosal,  
y la cruz, severa y pura  
que con sus brazos abiertos,  
protege la sepultura  
donde yacen nuestros muertos!...

¡Por eso, al verte pasar  
entre las aclamaciones  
y el estruendo militar  
de los rudos batallones,  
sentimos que por encanto  
un *¡Viva!* a los labios sube  
y en los ojos, una nube  
que quiere romper en llanto;  
y hasta el corazón se para  
y se nos doblan las dos  
rodillas, cual si pasara  
la imagen viva de Dios!...

¡Contemplad, cómo fulgura  
su gloria al viento!... Parece  
que de orgullo se estremece  
y a nuestro valor, murmura:

—Sed, cual los bravos caudillos  
que ilustraron mis blasones;  
para resistir, castillos;  
y para atacar leones!



¡Jurad, con el alma entera  
que jamás planta extranjera  
ha de hollar la tierra santa  
donde, altiva, se levanta  
nuestra gloriosa bandera!...

¡La vida por ella dad,  
que entre sus pliegues morir,  
es lo mismo que vivir  
para la inmortalidad!...

## EL CHIMBORAZO

(*Sueño de Bolívar*)

ENVUELTO en la bandera de Colombia venía,  
de donde el Orinoco le rinde pleitesía  
y paga sus tributos al dios azul del mar...  
Del soberbio Amazonas las fuentes encantadas  
rindieron su inaudita belleza en mis miradas  
en un apoteosis de púrpura solar...

Y surgió el Chimborazo; y, al ver su altivo seno,  
donde se forja el rayo y se fulmina el trueno,  
subir a la atalaya del Universo osé...  
¡Ya que vi lo más bello, quiero ver lo más alto!  
grité audaz a la cumbre... Y me lancé al asalto...  
¡y la inviolable cumbre tembló bajo mi pie!...

¿Qué cóndor me dió alas? ¿Qué espíritu divino  
arrebato mi espíritu?... Como en un torbellino  
fui trepando sus cimas... Y a tan alto ascendí,  
que toqué con mi frente la copa de los cielos,  
y a través de las nieblas que resgaban sus velos,  
a mis pies el abismo y el Universo vi...

Ninguna planta humana jamás profanó antes  
la fúlgida y perenne corona de diamantes  
que al gran señor del Andes ciñó la eternidad...  
Y yo soñé en el vértice de su cumbre altanera,  
mirar flotando el iris triunfal de la bandera  
que al Nuevo Mundo ha dado, Dios, Patria y Libertad!

Sentí el orgullo inmenso de las superaciones,  
del que doma imposibles, del que arrastra leones  
de encrespadas melenas, de sus pasos en pos...  
Estrangué fatigas y desquijé desmayos,  
y con la voz en truenos y la mirada en rayos,  
me erguí sobre la cumbre, como si fuera un dios...

De pronto surgió el Tiempo... Era un ceñudo an-  
[ciano...

(Lleva un reloj de arena temblando en un mano,  
y debajo del brazo, reluciente, una hoz...)  
Arrojó de su espalda los fúnebres despojos  
de las edades muertas... Me fulminó sus ojos,  
y así, a mi orgullo dijo, con sentenciosa voz:

—SOY Padre de los siglos, la leyenda y el mito;  
mi imperio sin fronteras abarca el infinito,  
y mi soberbia cuna, meció la eternidad...  
La vida entre mis dedos en polvo se convierte;  
para mí no hay sepulcros, porque venzo a la muerte,  
ni temo a las tinieblas, porque soy la Verdad...

¿Para qué te envaneces, mísero barro humano,  
hombre, héroe o poeta, mariposa o gusano?...  
¿Piensas que algo tu mundo para mis ojos, es?...  
¿Porque hasta aquí llegaste te juzgas prepotente?...  
No sabes tu pasado, ignoras tu presente  
y también desconoces lo que serás después...

¿Qué filtro te enajena?... ¿Es que acaso supones que tienen algún precio para mí tus acciones, y con ellas pretendes mis secretos comprar?... ¿Qué eres tú ante mis ojos veraces?... Ten por cierto que eres menos que un grano de arena en el desierto y una gota de agua en el seno del mar...

YO, repliqué imponiéndome a mi terror sagrado:  
—Por siempre, de cadenas, un mundo he libertado...  
Tres Patrias, de la nada, mi espíritu creó...  
Más que todos los hombres, mi fortuna ha subido...  
¡Cómo no ha de mostrarse, oh, Tiempo, envanecido el que subió tan alto, como he subido yo!...

Ni he sembrado en las aguas ni he arado en el  
¡Más eterna mi obra que tu grandeza es!... [vacío...  
¡He libertado un mundo!... ¡Tiempo; te desafío a que cifias, de nuevo, cadenas a sus pies!...

Y en un gesto de reto, con la mano colérica desplegada a los vientos para la eternidad, clavé sobre el más alto picacho de la América, la gloriosa bandera de nuestra Libertad.

## RESPONSO HEROICO

AL OFICIAL ESPAÑOL DESCONOCIDO ENCONTRADO  
EN SANTIAGO DE CUBA EL 12 DE MARZO DE 1922

En el nombre de España, la excelsa matrona fecunda  
que ha nutrido en sus senos la gloria de veinte na-  
ciones,  
imponiendo a dos mundos; de un golpe, su férrea co-  
lyunda;  
de la altiva leona que un día rasgó sus entrañas,  
desangrando sus venas en parto de veinte leones  
que ahora son la esperanza de veinte futuras Españas;  
en el nombre sagrado de aquellos audaces halcones  
que impusieron, tenaces, al Globo, su cruz y sus leyes,  
y encontrando mezquina la Tierra, las alas bizarras  
desplegaron por mares ignotos, trayendo a sus reyes  
la quimérica presa de un Mundo sangrando en sus  
[garras;  
en el nombre de aquellos valientes soldados que en una  
embriaguez de divinos ensueños, lejos de tu tierra,  
en su bárbara siega de flores segó la Fortuna,  
y en su roja vendimia de sangre vendimió la Guerra;  
los que aullar escucharon la Muerte, con un gesto altivo,  
y en el mar o en el campo cayeron, tras ruda campaña,  
añorando en los ojos el dulce paisaje nativo

y besando en sus labios el nombre materno de España;  
en el nombre de toda mi Raza, raza cuyos trazos  
invencibles, forjaron a un tiempo, Firmeza y Denuedo,  
fatigando el martillo, las almas, el yunque y los brazos  
en las fraguas que incendian de llamas de gloria a To-  
ledo;

en el nombre de todos, alzando mi espada y mi escudo,  
en un voto de insignes victorias cercanas,  
¡oh, guerrero ignorado! ¡Tus restos mortales saludo  
dando al aire, en repiques pascuales, todas mis cam-  
[panas...!

No se acerca mi Musa, temblando como plañidera,  
a verter, enlutada, su llanto sobre sus despojos...  
¡Su canción es un nuevo mensaje de la Primavera,  
y están ebrios de augurios y ensueños celestes sus ojos!

Mientras lanzan los áureos clarines sus largos cla-  
[mores  
y redoblan, pausados, sus parches los roncocos tambores;  
y espirales de incienso perfuman la paz de los cielos,  
y te ofrendan doncellas la nieve nupcial de sus velos,  
y en tu honor se levantan en rezos las voces del coro,  
con fervor, de rodillas postrada, mi Musa te inmola  
sus ardientes y altivas estrofas de púrpura y oro  
¡para que ellas te envuelvan cual una bandera española!

¡Un augurio divino de Pascuas en todo palpita!  
¿Qué clamores resuenan...? ¿Qué aurora florece en  
[Oriente?  
¿Qué rumor de Océano sin playas, remoto se siente...?  
¿Qué milagro se cumple de nuevo...? ¿Qué Dios re-  
[sucita...?

Un camino de chispas de estrellas y polvo de soles,  
a través de los mares, a Cuba con España enlaza...  
¡Se aproxima el cortejo glorioso que es luz de la Raza!  
¡Son los Héroes...! ¡El oro más puro de nuestros cri-  
[soles!

Fabulosos monarcas, caudillos, príncipes, guerreros.  
Y tras ellos desfilan en triunfo, montañas enteras  
de venablos y lanzas y picas, bosques de banderas,  
y florestas inmensas, fulgentes de heroicos aceros!

¡Oh, soldado sin nombre, despierta, que llega la  
[Historia  
inmortal, para darte tu eterno bautismo de Gloria...!

Levantada la férrea visera del casco sonoro,  
y al andar, resonando la espuela y el peto de oro,  
cual siguiendo la marcha guerrera de su romancero,  
el buen Cid, de la barba bellida se acerca el primero  
para dar a tu rostro sin vida, sus besos de hermano,  
y ofrecerte, desnuda del guante, la flor de su mano...

Con corona y con cetros reales, perfilase austera,  
entre regios armiños, la sombra de Isabel Primera...  
La que es Reina entre reinas, avanza con rístomo se-

[vero,  
y en tu tumba—soldado sin nombre—se inclina amo-  
[rosa...

¡Y del pecho florido se arranca la luz de un lucero.  
y con él, condecora de eternos fulgores tu fosa...!

Un clarín grita «¡Fuego!»... Y en tanto que sus ba-  
[tallones

resucitan de nuevo la rota triunfal del Caney,  
en tus brazos te estrecha la sombra de Vara del Rey,  
¡y se funden en uno los ritmos de dos corazones...!

Y de Flandes los tercios invictos te rinden banderas;  
y caudillos y reyes se alargan en dobles hileras...  
Sus espadas desnudas y fieras, cruzan los guerreros;  
y mostrando a tus ojos la larga bóveda de aceros,  
como premio a la vida perdida tras épica hazaña,  
ya de nuevo prorrumpe sonora la voz de la Historia;

«¡Resucita, soldado sin nombre...! ¡Y en nombre de  
[España,  
bajo un arco de triunfos, camina por siempre a la  
[Gloria!...»

¡Oh, guerrero! ¿De dónde te trajo tu buena fortuna,  
a regar con tu sangre la verde campiña cubana...?  
¿Qué lugar de mi España gloriosa cobijó tu cuna...?  
¿Dónde, dime, te espera rezando, la novia lejana...?

¿Los pinares de Asturias, te dieron su heroica fir-  
[meza?

¿Te prestó la sagrada Castilla su alma de diamante?  
¿Cataluña lá brava, su ruda y altiva entereza,  
o el vigor de sus palmas, la fértil región de Levante?...  
¿Con su más duro fierro, Vizcaya te forjó en su fraguas  
o tus miembros desnudos, de atleta, lustraron las aguas  
inmortales del Ebro famoso...? ¿Naciste en la Vega  
de esmeraldas, jacintos y aljófar, que el Segura cruza?  
¿Suspiró tus morriñas saudosas la gaita gallega  
o lloró tus amores la triste guitarra andaluza...?

¿En qué noble y antigua casona, preside el estrado,  
en su marco de talla, ceñido de negros crespones,  
tu retrato de alférez, que a besos la madre ha borrado?  
¿Qué antañona gaveta; qué santo libro de oraciones,  
aún conserva, borrosa de llanto, tu carta postrera...?  
¿La Montaña te aguarda...? ¿Navarra, la heroica, te  
[espera?

¡Santas madres de España, divinas novias españolas,  
¡qué bizarro, le visteis un día, perderse en las olas!  
y añorando las mieles y el llanto del último beso  
esperásteis, en vano, rezando, la hora del regreso...  
Benedicid, del ausente perdido la dulce memoria,  
que al morir por España, descansa, por siempre en la  
[Gloria.



¡Oh, guerrero, reposa tranquilo bajo tu coraza...!  
¡Ya no son solamente de España tus altas acciones;  
son también patrimonio perpétuo de toda una Raza  
ciudadano honorario de veinte gloriosas naciones...!

¡No ha de hollar extraña sandalia la gloria del suelo  
que en su seno fecundo tus restos mortales encierra...!  
¡Te defiende, soldado el más fiero León de la Tierra,  
y te ampara la estrella más bella que brilla en el cielo!

¡Igual sangre y el mismo lenguaje triunfal y sonoro...!  
¡Son pedazos sangrantes y vivos de la misma entraña!  
¡Contemplad cómo, unidas, se besan bajo el sol de oro,  
las gloriosas e invictas banderas de Cuba y de España!

## EL ALCAZAR DE LAS PERLAS

*Tragedia árabe en cinco actos y en verso.*

### ACTO QUINTO

*Interior de un torreón en las cercanías de Granada.  
Noche de tormenta.*

#### ESCENA VII

ABU ISHAC. — (*No queriendo creer lo que ve.*) (1)  
¡Oh, visión fugitiva y misteriosa!  
Dime pronto, ¿qué es esto? ¿A qué conjuros  
les debo tu presencia entre estos muros  
que eran para mi amor como una fosa?  
¡Por fin llegaste al alma que te espera!...  
Ante mis ojos sonreír te veo,  
y te tocan mis manos... ¡y no creo  
que seas realidad, sino quimera!...  
Mas quimera o mujer, ¡sé bien venida!...  
Ensueño o realidad, ¡bendita seas!...

---

(1) SOBEYA, que disfrazada de esclavo ha logrado introducirse en el torreón del castillo en que Abu Ishac, rebelde con el emir de Granada, se han refugiado en guerra.

(Acercándose a ella: en voz baja.)

Para venirme a ver, dí, ¿qué deseas?  
¡Tuyo es mi corazón, tuya es mi vida!...  
¡Pero háblame, que escuche yo tu acento,  
y pueda convencerse mi esperanza  
que no eres sombra que intangible avanza  
para morir al soplo de mi aliento!

SOBEYA. — (Acercándose y mirándole fijamente.)

¡No soy sombra, Abu Ishac! ¡Mírame: toca  
la fiebre de mis manos: ve mi frente  
pálida, la sonrisa de mi boca  
y el resplandor de mi mirada ardiente!  
¡No me conoces ya! ¿Acaso es para  
tu corazón voluble mi figura  
como un muerto olvidado que se alzara  
de pronto de su negra sepultura?

ABU ISHAC. — Tu voz vierte su música en mi oído...

La escucho y de escucharla no estoy cierto...  
¡Oh, déjame soñar si estoy dormido,  
o morir de placer si estoy despierto!

(Pausa. Se queda contemplándola extático.  
De pronto se agita convulsivamente. Des-  
confiando y retrocediendo de súbito.)

¿A qué vienes aquí? Dime, ¿a qué vienes,  
que vacila al andar tu frágil planta,  
y me hablas... y temblando te detienes  
cual si el temor ahogase tu garganta?

*(Recuperando la confianza y acercándosele.)*

Mas aunque llegues como loba hambrienta,  
curvas las garras y erizado el vello,  
de mi sangre sedienta  
a clavarme los dientes en el cuello  
y a devorar después mi vida entera...  
¡Bendita seas por haber venido  
para hacer sonreír por vez primera  
a estos labios que nunca han sonreído!

*SOBEYA. — (Deslumbrándole con su belleza.)*

Mira la palidez de mi semblante,  
este temblor continuo, mi mirada,  
que en la tuya se clava suplicante  
cual la de una gacela acorralada!  
Apenas a tu vista me sostengo...  
De angustia y de rubor muero a tu lado...  
¡Porque a decir a tu esperanza vengo  
Lo que siempre mis labios te han callado!

*(Haciendo un esfuerzo horrible.)*

Tu no sabes lo horrible de esta lucha...  
Tanto sufre mi ser, que ya no puedo  
resistir mi pasión... Escucha... escucha  
cómo tiembla mi voz de gozo... y miedo!

*(Luchando aún con los más encontrados afectos.)*

A decírtelo el labio se me niega...  
mas lo dirá mi alma temblorosa...  
¡Ila que ayer se negaba a ser tu esposa  
como una esclava ante tu amor se entrega!

*(Se queda mirándole.)*

ABU ISHAC. — *(No queriendo dar crédito a sus ojos. Retrocediendo.)*

Mas no..., no puede ser... ¡estoy demente!  
Tu voz me engaña y en tu blanco seno  
escondes entre flores la serpiente  
que infiltrará en mi sangre su veneno.

*(Fascinado por SOBEYA: mirándola ávidamente.)*

Mas, ¿qué importa la muerte? ¿Qué me importa  
que me engañes o no? ¡Sigue mintiendo,  
que tu sonrisa al cielo me transporta  
y la gloria en tus ojos estoy viendo!  
Por pensar que la fuente del camino  
puede tener el angua envenenada,  
¿dejará de saciar el peregrino  
la sed que hace imposible su jornada?

*(En un arranque de amor, ébrio de felicidad.)*

Me traiciones o no, déjame verte...  
He de saciar en ti la sed que siento,  
y si al beber tus labios me dan muerte,  
como son tuyos, moriré contento!

SOBEYA. — *(Acercándosele más, con los ojos fijos en los de él.)*

¡Mírame! No te engaño... Olvida, olvida  
ese tenaz recuerdo que te agobia...  
¡aquí me tienes, ABU ISHAC, vestida  
y temblando de amor como una novia!  
¿Para qué, vanamente, atormentarnos?

Un amor inmortal vengo a ofrecerte...  
Nadie podrá de nuevo separarnos...  
¡Soy tuya... y seré tuya, hasta la muerte!

*(Envolviéndole en su mirada.)*

¿Quién habla de recelos y de enojos?  
¡Fué el pasado sangrienta pesadilla  
que pronto borrará de nuestros ojos  
el nuevo sol que en el Oriente brilla!  
De apagar nuestra sed llegó la hora...  
¡Sacia en mí tu pasión, ardiente y fiera!  
Destrózame... Mi corazón devora...  
¡Mas, deja, deja que en tus brazos muera!

*(ABU ISHAC la estrecha ansiosamente en sus brazos.)*

ABU ISHAC. — La misma realidad supera al sueño...

¿Qué me importan los celos y la ira,  
si soy dueño del mundo al ser tu dueño?  
¡Esto es vivir y lo demás, mentira!  
¡Dios mismo en tus pupilas resplandece;  
me inunda como un mar tu cabellera,  
y al cefirte en mis brazos me parece  
que estrecho en ellos la Creación entera!  
¡Deja, deja que en ciego desvarío  
beba la eternidad que hay en tus besos,  
y que estreche tu cuerpo contra el mío  
hasta que crujan de placer tus huesos!

*(Vuelve a abrazarla.)*

De gozo el corazón salta a pedazos...  
¡Es demasiada gloria tu cariño!...  
¡Mírame agonizar entre tus brazos,  
sollozando de amor igual que un niño!

SOBEYA. — Mi labio torpe a traicionar no acierta  
la inmensa dicha que mi pecho siente...  
¡Entre tus brazos soy como una muerta,  
condenada a callar eternamente!

ABU ISHAC. — (*Mirándola hasta el fondo de los ojos, y  
oprimiendo su cuello entre sus manos.*)

¡Mas, ¡ay! que a veces en tus ojos veo  
algo que de mí viene a separarte  
para siempre, y mi amor siente el deseo  
imperioso y brutal, de asesinarte!

(*SOBEYA le contempla suplicante. ABU ISHAC  
la suelta.*)

Mas no temas mirar tu vida rota...  
Toda mi rabia contra ti se pierde...  
¡Si me odiases aún, mis venas muerde  
y bébete mi sangre gota a gota!  
¡Cumple en mí, la venganza más artera,  
condéname al más bárbaro tormento,  
mas deja al menos que en tus brazos muera,  
absorbiendo tu alma con tu aliento!

SOBEYA. — (*Con resentimiento.*)

¡Cómo me hieren tus palabras rudas!...  
Cólérico y cruel conmigo eres...  
Si te vengo a buscar, ¿para qué dudas?  
Si estoy entre tus brazos, ¿qué más quieres?  
Razón no tienes ya para quejarte;  
más quiero ser leal y te perdono...  
¿Qué cosa más aún puedo entregarte  
si mi cuerpo en tus brazos abandono?

ABU ISHAC. — ¡Yo arrancaré del pecho estos rencores  
por no verte sufrir, Sobeya mía!  
¡Quién está acostumbrado a los dolores  
no puede resistir una alegría!  
Tú misma has de imponerme la condena  
que merezco. Mas, siéntate a mi lado...

*(La sienta a su lado, en un escabel, junto  
al fuego.)*

La luz ya va a surgir. ¡La vida es buena,  
y todo está para el amor creado!  
Antes de tú venir, no existió nada;  
fuera de nuestro amor, todo es vacío...  
¡Clava en mis tristes ojos tu mirada,  
y junta el labio con el labio mío!

*(La estrecha en sus brazos. Pequeña pausa.)*

Todo va en esos campos renaciendo

*(Mirando hacia las almenas.)*

al resplandor fecundo de la aurora...  
¡el pasado es la sombra que va huyendo,  
y nuestra vida empieza desde ahora!...  
Por el presente tu pasado olvida...  
¡Para gozar de esta pasión sincera,  
aquí nos queda aún, toda una vida,

*(Señalando al cielo.)*

y luego allá, la eternidad entera!  
¡Y aunque la eternidad fuese un demente  
y efímero anhelo del alma avara,  
para poder amarte eternamente  
este amor infinito la creara!



(Sacando los planos de la escarcela.) (1)

¡Para que al par nuestro pasado muera  
y empezar a vivir, mis propias manos  
en las voraces llamas de esa hoguera  
van a quemar mis celos y estos planos!

(Al ir a arrojarlos, SOBEYA se los arrebató súbitamente, alzándose en un supremo gesto de triunfo. ABU ISHAC, se queda un momento atónito. Después, se levanta interponiéndose entre SOBEYA y el arco del centro.)

SOBEYA. — ¡Ya están en mi poder! ¿Qué te has creído?  
¿Pudo abrigar tu amor una esperanza?  
Sólo por ellos hasta aquí he venido...

(Con los brazos tendidos al cielo.)

¡Azhuna, ya he cumpido mi venganza!

ABU ISHAC. — (Acercándosele amenazador.)  
No podrás escaparte... Serás mía...

SOBEYA. — (Retrocediendo, pero con energía.)  
Mi odio es tan grande y tan desesperado  
que desgarrar mi cuerpo desearía,  
sólo porque tus manos le han tocado.

ABU ISHAC. — (Cayendo sobre ella.)  
Con tus propias palabras te condenas...  
Estás en mi poder...

---

(1) Planos de la Alhambra, que, después de asesinarle por celos en las ruinas de Elvira, arrebató al alarife Azhuna, de quien SOBEYA estaba enamorada.

**SOBEYA.** — (*Sacando de pronto un puñal y clavándoselo en el pecho.*)

¡Inútilmente!

¡Ya mi puñal emponzoñó tus venas,  
con todos los venenos del Oriente!

**ABU ISHAC.** — (*Vacila un momento, pero se alza y estrecha entre sus manos el cuello de SOBEYA.*)

¡Mas mi venganza no acabó del todo...!

Entre mis manos voy a estrangularte...

*SOBEYA le mira desencajada y ABU ISHAC le suelta el cuello, aunque la retiene entre sus brazos.*

No me mires, SOBEYA, de ese modo...

*(Con la voz débil y dolorida.)*

¡Prefiero que me mates a matarte!

Morir de odio o de amor, me da lo mismo,  
con tal de sucumbir entre tus manos!

**SOBEYA.** — (*Forcejeando por separarse de ABU ISHAC.*)

Entre nosotros dos se abre un abismo...

*(Se desprende de ABU ISHAC y corre a las almenas, agitando los planos.)*

Esclavo, ¿estás ahí?... ¡Toma los planos!

(*ABU ISHAC quiere seguirla y se desploma bajo el arco del centro. SOBEYA arroja los planos.*)

ABU ISHAC. — (*Agonizante.*)  
¡Oh, SOBEYA!... ¡Traición!...

SOBEYA. — (*Gritando, inclinada sobre las almenas.*)  
¡Huye, no esperes...  
Corre, esclavo, veloz, y dí a Granada cómo mueren por ella sus mujeres!

(*Se vuelve triunfalmente.*)

¡Su gloria, se salvó!... ¡Ya estoy vengada!

### ESCENA ULTIMA

DICHOS, OZMÍN, ALIATAR, EL ASTRÓLOGO, PAJES Y SÓLDADOS

(*Penetran precipitadamente por todos lados. La luz de la aurora empieza a clarear.*)

ALIATAR. — (*Entrando.*)  
Mas, ¿qué pasa?

UN SOLDADO. — (*Viendo el cuerpo de ABU ISHAC, tendido bajo el arco y señalándoselo a los que entran.*)  
¡Traición!

OZMÍN. — (*Inclinándose sobre ABU ISHAC.*)  
Dí, ¿quién te ha herido?

SOLDADOS. — (*Llenos de horror, en torno de ABU ISHAC.*)  
¡Traición! ¡Traición!

OZMÍN. — *(Levantándole la cabeza en su brazo.)*

¡Contéstame!

ABU ISHAC. — *(Abriendo los ojos y expirando, Como en un suspiro.)*

¡Sobeya!

*(Todos se inclinan. ALIATAR le coloca la mano sobre el corazón.)*

ALIATAR. — ¡Su corazón no tiene ya un latido!

OZMÍN. — Cerrad sus ojos...

EL ASTRÓLOGO. — *(Apareciendo entre los soldados y tendiendo los brazos al cielo.)*

¡Se cumplió su estrella.

*(Los soldados descubren a SOBEYA, que ha permanecido reclinada en el ángulo de las almenas, y se dirigen a ella con las espadas desnudas.)*

SOLDADOS. — *(Señalando a SOBEYA.)*

¡Aquí está ya!

OZMÍN. — *(Sosteniendo a ABU ISHAC. A los soldados.)*

¡Clavadla vuestros hierros!

ALIATAR. — *(Idem, idem.)*

¡Matadla!

UN PAJE. — *(Dirigiéndose resueltamente con la espada desnuda a SOBEYA.)*

Sí, te despedazaremos, y desde estas almenas echatus sangrientas piltrafas a los perros! [remos

SOBEYA. — *(Tendiendo los brazos al cielo como quien cumplió un voto.)*

¡Granada, mi palabra está cumplida!  
¡Azhuna, ya he salvado tu memoria!...

*(Volviéndose a los soldados en un gesto orgulloso de desafío, mostrándoles el pecho.)*

¿Qué me importa morir?... ¡La muerte es vida cuando es por el Amor o por la Gloria!

*(Los soldados, gritando, la acometen.)*

AGUSTINA DE ARAGON

*Drama en tres actos, en verso,  
escrito en colaboración, con*

FEDERICO DE MENDIZABAL.

— \* —

ACTO TERCERO

*En el Castillo de la Aljafería*

ESCENA XI

PALAFOX, JOSÉ SALETA, PEDRO ARCOS, MANUELA, CASTA,  
PASCUAL, MARTÍN, PACORRO, DOS OFICIALES FRANCESES,  
*Detrás, mozos y soldados.*

*(En la puerta del fondo, con los ojos vendados y atadas atrás las manos, aparecen dos oficiales del Ejército Imperial, custodiados por JOSÉ SALETA y PEDRO ARCOS. Dos soldados quedan en el umbral deteniendo al pueblo. Les acompañan, PASCUAL, PACORRO, MARTÍN, MANUELA y CASTA, que se quedan a distancia.*

PASCUAL. ¡Entrar, entrar, sin cuidado  
que el aragonés no mata,  
al que trae venda en los ojos  
y atrás las manos atadas!

MARTÍN. — ¡Si fuéseis sueltos, ricontra,  
nos veríamos las caras;  
pero asín, ni un empentón  
en Aragón se da a Francia!

PACORRO. — En el campo, frente a frente,  
de hombre a hombre, no va nada.  
¡aquí sois dos, y una cuerda  
pa la defensa os amarra...  
alante, alante sin miedo,  
que semos hombres de España!

(JOSÉ SALETA, llega firme ante PALAFOX.)

SALETA. — Mi General: los dos parlamentarios  
que manda el enemigo!

PALAFOX. — Desatadles las manos  
y sus vendas quitad, que ya no es digno  
el que a dos caballeros oficiales  
se trate con rigores de bandidos.

*(Desatan las manos y quitan las vendas a los oficiales. En este momento ambos se cuadran y saludan al general español.)*

PALAFOX. — Si en nombre de la paz y del derecho  
con la razón venis, sed bienvenidos.

OFICIAL 1.º — General: el valor de vuestro pueblo,  
del ejército a fe que sois caudillo,  
al Mariscal de Francia  
como ejemplo guerrero ha conmovido...

OFICIAL 2.º — Que se os diga mandó. Tal es su asombro,  
y a sus ojos, tal es vuestro heroísmo,  
que a nuestro Emperador (que el Cielo guarde)  
al hablarle en los partes, de este sitio,  
ial de Jerusalén y al de Numancia,  
compara el Mariscal en sus escritos!

PALAFOX. — Dadle gracias en nombre de los muertos.  
¡Y no hablad de rendirse ante los vivos!

OFICIAL 1.º — Tal es nuestro penoso parlamento.  
¡Rendíos!

PALAFOX. — ¡Basta ya!

OFICIAL 2.º — Sois el caudillo  
de unos héroes, mas ved que ya, mañana,  
será estéril su heroico sacrificio.

PALAFOX. — ¡Cómo!

OFICIAL 1.º — Sí. Zaragoza está minada  
por nuestros ingenieros. Sólo al grito  
de las voces de mando, Zaragoza  
con armas, defensores y edificios,  
será enorme volcán, cuando se encienda  
la pólvora que llena los hornillos.

PALAFOX. — Lo que quiere decir, que frente a frente  
no hay valor que penetre en el recinto.



OFICIAL 1.º — Lo que quiere decir, que la defensa, más que defensa ya, será suicidio.

OFICIAL 2.º — Son las razones últimas que puede daros el vencedor.

PALAFOX. — ¿Cómo habéis dicho?

¿Vencedor?... ¡Recordad, si la memoria de lo pasado ya, no habéis perdido, que vuestra fué la línea paralela que va de *San José* hasta *Capuchinos*; que *el Arrabal* tuvisteis... ¡y ya es nuestro! que llegásteis también al *Coso* mismo y al *Carmen*, *Santa Engracia*..., pero es cierto que a las bases habéis retrocedido dejando dos mil hombres sobre el campo entre muertos y heridos; y con ellos, por balas señalados, *Verdier* y *Bazancourt* os devolvimos, ¡vuestros dos generales! Luego el *Carmen* de nuevo abandonábais; el *Portillo* no pudisteis tomar, y era la clave; *Castafios*, en *Bailén*, os ha vencido; *Madrid* ha echado, al fin, a *Bonaparte* ¡y el pueblo de Aragón, hará lo mismo!

(Volviéndose al pueblo.)

¿Oís, aragoneses  
la razón del francés?

PASCUAL. — ¡No nos rendimos!

PACORRO. — ¡Que vuele Zaragoza la metralla  
cón los zaragozanos, si es preciso!

MARTÍN. — ¡Os daremos sepulcros entre escombros;  
pero no la vergüenza de rendirnos!

OFICIAL 1.º — El dolor y el silencio, vagan yertos  
por toda la ciudad...

PALAFOX. — Sí. Son fatales,  
las iglesias, sepulcros entreabiertos;  
las casas, cementerios y hospitales;  
mas ved que ante la cólera extranjera,  
viendo el suelo rasgado en explosiones,  
el pueblo al estertor de los cañones,  
levanta en cada ruina una bandera!

OFICIAL 1.º — General: por vez última, demanda  
Francia, la rendición.

PALAFOX. — ¡Ya no resisto  
parlamentar! ¡Decid a quien os manda,  
lo que habéis escuchado y habéis visto!  
¡Decídele que este pueblo, se destroza  
y en su gloria y honor es de tal suerte,  
que al hablar de rendirse, Zaragoza  
a Francia contestó, que antes la muerte!  
¡Y yo, su General, con labio firme,  
dando en el haz de mi bandera un beso,  
os lo digo también: no sé rendirme:  
después de muertos, hablaremos de eso!

*(Sale PALAFOX violentamente, indignado,  
por la puerta de la izquierda. JOSÉ SALETA  
y PEDRO ARCOS vuelven a vendar los ojos a  
los oficiales franceses. Suena en la calle  
una rondalla que se aleja entre rasgueos  
de la jota...)*

## LA LEONA DE CASTILLA

*Drama en tres actos, en verso.*

### ACTO PRIMERO

*Interior del Torreón del Homenaje en el  
Alcázar de Toledo.*

#### ESCENA XI

DICHOS. — *SOSA y gente del pueblo.*

SOSA. — *(Cayendo de rodillas a los pies de Doña María.)*  
¡Señora, temblad de espanto!

*(Todos le cercan.)*

D.<sup>o</sup> MARIA. — *Dí: ¿qué pasa?... ¡Habla, por Dios!*

SOSA. — *(Estallando en sollozos.)*  
¡Ved cómo corre mi llanto!  
¡Comprended el resto vos!

D.<sup>o</sup> MARIA. — *(Dando un grito supremo de ansiedad.)*  
¡Mi esposo!... ¿Qué ha sucedido?

(SOSA no se atreve a hablar. D.<sup>a</sup> MARIA se levanta, sacudiéndole fuertemente por el brazo.)

¡Lengua de plomo! ¿Hablarás?

SOSA. — (Balbuciente de emoción.)

¡En Villalar ha caído  
para no alzarse jamás!

(Un grito de dolor estremece las filas de los comuneros.)

D.<sup>a</sup> MARIA. — ¡Ha muerto!

(D.<sup>a</sup> MARIA rompe en sollozos, vacila y se abraza estrechamente a su hijo.)

¡Pobre hijo mío!

DON JUAN. — (Severamente, señalando a los imperiales, que habrán permanecido agrupados en actitud expectante, cerca de la puerta primera de la izquierda.)

¡Vuestra aflicción nos humilla!  
Señora, dónde está el brío  
de la mujer de Padilla?

D.<sup>a</sup> MARIA. — (Orgullosa del arranque filial, alzándose terrible y recta como una amenaza.)

¡Mi Don Juan, tienes razón!  
¡Desde hoy, vengarle será  
la única fuerza que hará  
latir nuestro corazón!

(Volviéndose al escudero.)

Cuenta, SOSA.

SOSA. — ¡Qué decir,  
sino que a traición, vendido,  
al ver nuestra gente huir  
en Villalar, cayó herido  
de su corcel en el lodo  
de un profundo cenagal,  
luchando él solo con todo  
el ejército imperial!  
Allí su espada rindió;  
y al verle ya sin espada,  
Juan de Ulloa le cruzó  
la faz de una cuchillada.

D.<sup>a</sup> MARIA. — *(Cubriéndose el rostro con las manos.)*  
¡Ah!... ¡Cobarde!...

DON JUAN. — *(Llameantes de furor los ojos.)*  
¡Madre mía,  
déjame al campo marchar,  
que al de Ulloa haré pagar  
bien cara su felonía!

D.<sup>a</sup> MARIA. — *(De nuevo volviéndose a SOSA.)*  
¿Y allí acabó?

SOSA. — ¡A Dios pluguiera  
que allí su vida acabara,  
porque, a lo menos, siquiera  
la muerte no le afrentara!

D.<sup>a</sup> MARIA. — ¿Más afrentas?

SOSA. — ¡Prisionero  
a la villa fué llevado;  
y sin haberle juzgado  
como cumple a un caballero,  
a los imperiales plugo  
su cabeza hacer rodar,  
bajo el hacha del verdugo,  
en el mismo Villalar!

D.<sup>a</sup> MARIA. — *(Después de una pausa, haciendo un esfuerzo inaudito para recuperar su entereza.)*  
¡Ay, castellanos, llorad,  
que el hacha que lo ha inmolido,  
también ha decapitado  
nuestra antigua libertad!

*(Con un enérgico ademán contiene el clamor de las turbas e indica a Sosa que prosiga.)*

SOSA. — Hasta la enemiga suerte  
a sus pies cayó rendida,  
ique si heroica fué su vida,  
más heroica fué su muerte!  
La envidia calló su encono;  
como quién fué sucumbió,  
iy hasta el cadalso subió,  
como si escalase un trono!  
Al llegar su última hora  
me dió este pliego...

*(Saca del pecho un pergamino sellado, lo besa y se lo entrega a D.<sup>a</sup> MARÍA.)*

¡Mirad,  
y en él hallaréis, señora,  
su postrera voluntad!

D.<sup>a</sup> MARÍA. — (Tomando el pliego y leyéndolo con voz profundamente conmovida, pero firme, en medio del silencio y la expectación de todos.)

«¡Por bienaventurado me tuviera,  
bendiciendo lo amargo de mi suerte,  
si el corazón, señora, no sintiera  
mucho más vuestra pena que mi muerte!  
¡Aunque de muchos ha de ser plañida,  
esta muerte de tal modo me ha honrado,  
que bendigo al Señor, que así me ha dado,  
brindándome tal muerte, tanta vida!  
Yo quisiera tener más tiempo, para  
escribiros palabras de consuelo;  
más aunque me lo dieran lo rehusara  
que ya la palma del martirio anhelo!  
¡Llorad vuestra desdicha, y no mi muerte,  
porque es mi muerte, esposa, tan honrada,  
que en una eterna vida se convierte  
y no debe por nadie ser llorada!  
Mi alma, pues, nada más tengo que daros,  
la dejo en vuestras manos... ¡Vos, señora,  
haced con ella cuanto os plazca, ahora,  
que si mucho os amó, más ha de amaros!  
No puedo proseguir... A vuestro asombro  
¡qué de cosas tan íntimas dijera!...  
Mas ya el verdugo, con el hacha al hombro,  
en el dintel de la prisión espera...  
Aquí hago punto, porque el vulgo osado  
no piense, en su voraz maledicencia,  
que he alargado esta carta demasiado  
para alargar con ella mi existencia.  
¡Adiós, señora, adiós!... En otra orilla  
nuestro amor hallará nuevo remanso...  
¡Y aquí quedo esperando la cuchilla  
de vuestra soledad y mi descanso!...»

*(Una conmoción profunda agita a todos. Algunas pupilas se llenan de lágrimas. Las damas, sollozan.)*

VILLENA. — *(Adelantándose hacia D.<sup>a</sup> MARÍA, sinceramente afectado por su dolor.)*

Yo también, D.<sup>a</sup> MARÍA,  
lloro vuestro duelo ahora,  
que no en balde sois, señora,  
sangre de la sangre mía.  
Para evitar nuevos males  
y amenguar vuestro sufrir,  
doblegaos y rendir  
Toledo a los imperiales.

D.<sup>a</sup> MARÍA. — *(Alzándose sobre todos, como enloquecida de dolor y de ira.)*

¿Qué dice?... ¿Oís, toledanos,  
sin afrentaros, tal mengua,  
y con vuestras propias manos  
no le arrancásteis la lengua,  
como ejemplo miserable  
de ingnomia y de baldón,  
para el labio que nos hable  
siquiera de rendición?  
¿Habrá algún alma en Castilla  
que ose de paces hablar,  
y no muera por vengar  
la memoria de Padilla?  
El bajo el hacha cayó  
por defender nuestra ley...  
¡Guerra juremos al rey  
que en verdugo se trocó!



*(Dirigiéndose hacia el Cristo de la hornacina, y colocando las manos sobre la frente de su hijo.)*

Yo, colocando las manos  
en la frente de su hijo,  
con el pensamiento fijo  
en su sombra, toledanos:  
por la santa cruz erguida  
en el solitario altar,  
aún a costa de mi vida,  
su muerte juro vengar!

*(Dirigiéndose a los Comuneros.)*

¿Juráis vosotros?

VOCES. — ¡Juramos!

*(Todos juran sobre sus espadas.)*

SOSA. — ¡Venganza para Padilla!

D.<sup>a</sup> MARÍA. — *(Volviéndose a los imperiales.)*

¡Ved la respuesta que os damos,  
carceleros de Castilla!  
¡Tornad al campo a decir  
a vuestro gobernador,  
que nunca se ha de rendir  
Toledo al Emperador!  
Y dad gracias a la suerte  
que para vengar su muerte  
y volveros mal por mal,  
desgarrados, a pedazos,  
no os arrojo a bombardazos  
al campamento imperial!

*(Los Comuneros intentan atacar a los imperiales, pero DOÑA MARÍA DE PACHECO se interpone, deteniéndolos con un soberbio ademán.)*

SOSA. — Toledo, regia matrona,  
¿Qué vas a hacer sin padilla?

LOPE. — ¡Murió el león de Castilla!

D.<sup>a</sup> MARÍA. — ¡Pero aun queda su leona,  
que, afilando en su aflicción  
la garra dura y cruel,  
sabrás morir como él  
o vengar a su león!

VILLENA. — *(Disponiéndose a salir, a DOÑA MARÍA.)*  
¡De nuestros lazos reniego!

LUDOVICO. — *(A DOÑA MARÍA.)*  
¡Jamás esperéis favor!

*(DOÑA MARÍA les señala a los Imperiales la puerta. Estos, van desfilando.)*

D.<sup>a</sup> MARÍA. — ¡Guerra, guerra a sangre y fuego!

SOSA. — *(A los Comuneros, señalándoles el grupo que forman DOÑA MARÍA y su hijo.)*  
¡Respetemos su dolor!

*(Todos se inclinan y van saliendo por la explanada del fondo. Entre tanto, DOÑA MARÍA permanece serena, apoyada en el hombro de su hijo. La tarde empieza a palidecer en las sombras del crepúsculo. La luz de las lámparas se hace más intensa.)*

## ESCENA XII

DOÑA MARÍA PACHECO Y DON JUAN DE PADILLA

DON JUAN. — *(Al verse solo, alzando fieramente la cabeza y extendiendo el brazo.)*

¡Venganza, padre!

*(Viendo la actitud dolorosa de su madre, que al verse sola no puede refrenar su emoción.)*

¡Señora!

¡Quién lo había de pensar!

*(Estalla en sollozos.)*

D.<sup>a</sup> MARÍA. — *(Estrechándole contra su seno, en un llanto convulsivo.)*

¡Sí, hijo mío!... ¡Ahora llora,  
que ya podemos llorar!

DOÑA MARIA DE PADILLA

*Drama histórico en tres actos y en verso*

ACTO PRIMERO

*Un patio del nuevo Alcázar real de Sevilla.*

ESCENA XIII

DON PEDRO Y DOÑA MARÍA

*(Que acaba de conseguir que el rey perdone a los caballeros rebeldes. Tendiéndole los brazos.)*

D.<sup>a</sup> MARÍA — ¡Gracias, señor!

DON PEDRO. — ¡Doña María!

Por fin que puedo reposar  
entre tus brazos como un niño  
en el regazo maternal.

*(Se sienta en un diván morisco cerca de la ventana.)*

Como el que torna de un combate,  
ensangrentado, y en su hogar  
se arranca el férreo coselete,

el casco, el peto, el espaldar,  
a tu presencia me despojo  
de todo anhelo terrenal,  
para poder, libre de trabas,  
el aire puro respirar.  
¿Que la traición como una sombra,  
sigue mis pasos sin cesar?  
¿Que el odio azuza sus mastines  
mientras afile su puñal?  
¿Que el crimen puede nuestra copa  
con su veneno emponzoñar?  
¿Que la venganza nos acecha  
en la nocturna obscuridad,  
acurrucada en los tapices  
de nuestra cámara real?  
¡Nada me importa, mientras pueda  
en tus pupilas contemplar  
todos los sueños de la vida  
como un desfile triunfal  
de áureas galeras victoriosas  
sobre la gloria azul del mar!  
¡Amor! ¡Amor! Toca mis venas...  
¡Quieren romperse y estallar  
para envolverte con su sangre  
en una clámide imperial!

D.<sup>a</sup> MARÍA. — ¡Bebe mi amor en tus palabras  
una embriaguez de eternidad!  
¡Mis pies no tocan en la tierra;  
mi alma y mi cuerpo se me van,  
cual si en sus ráfagas bravías  
me arrebatase el huracán!  
¿Cómo pagar tanta ternura?  
¿Cómo mi amor, tu amor pagar?  
Quisiera ser entre tus labios  
como las mieles de un panal;

sobre la copa de tus manos  
agua más clara que el cristal;  
bajo tus pies, yerba olorosa  
para poderte perfumar...  
¡Ser tuya, tuya, siempre tuya!  
Vivir tan juntos como están,  
los labios de una misma boca,  
las perlas de un mismo collar...  
Y ser tu sombra... Por la vida  
tras de tu cuerpo caminar;  
y cuando duermas bajo tierra  
en el sepulcro, vigilar  
tu sueño último, de hinojos  
sobre tu piedra tumular,  
el índice puesto en el labio,  
bañada en lágrimas la faz,  
como si fuese la callada  
imagen de la Eternidad .

*(La voz del Juglar cantando en el jardín.)*

**JUGLAR.** — Rosal que otoño deshoja  
vuelve en mayo a florecer...  
¡Rosal de la juventud  
sólo florece una vez!  
Al deshojarse las rosas  
los ruiseñores se van;  
mas vuelven con los rosales  
en Primavera a cantar...  
¡Goza el amor; que el amor  
si se va, no vuelve más!

**DON PEDRO.** — *(Levantándose.)*  
¿Qué voz, señora, está cantando  
En el jardín?

D.<sup>a</sup> MARÍA. — Es el juglar  
que llegó ayer de la Provenza.

*(Como recordando de pronto.)*

(¡Ah, don Fadrique!)

DON PEDRO. — *(Atrayéndola.)*

¡Qué cantar  
más dulce!... Sigue, sigue hablándome,  
porque tu voz me agrada más!

D.<sup>a</sup> MARÍA. — *(Acercándosele de nuevo y tomándole la mano.)*

¡Señor, señor, como recuerdo  
de este momento, ¿me darás  
lo que te pida?

DON PEDRO. — ¡Todo es tuyo!

¿Qué cosa, tuya no será?  
¿Quieres acaso los tesoros  
que guardan en mi arcón real?  
¿Aquel anillo de esmeraldas  
con el que puedes encantar  
a las serpientes?... En corderos  
a los leones trocarás.  
¿Quieres el broche de topacios  
que me trajeron de Bagdad,  
que le da al pecho en que fulgura  
la paz y la felicidad?  
¿Quieres las perlas orientales  
de aquel riquísimo collar,  
que al desposarse dió a mi madre  
mi abuelo el rey de Portugal,  
perlas que son, DOÑA MARÍA,

ejemplos de fidelidad,  
pqrque si enferma quien las lleva  
ellas enferman a la par?

D.<sup>a</sup> MARÍA. — Señor, no quiero los tesoros  
que guardas en tu arcón real...  
Sólo te pido que libertes  
de su prisión a la Guzmán.

DON PEDRO. — *(Con indiferencia.)*  
Es un regalo que a mi madre  
hice, lo mismo que se da  
a un niño un pájaro, un juguete,  
para que pueda malgastar  
con él las horas y no venga  
nuestra atención a importunar.

D.<sup>a</sup> MARÍA. — *(Con intención.)*  
Mas ved que el niño, puede al pájaro  
entre su mano estrangular...  
En la prisión, se muere pronto...  
El hacha puede hacer saltar  
sangre, que vaya el regio armíño  
de vuestra túnica a manchar...

DON PEDRO. — Mas, ¿es posible que se atrevan  
en contra de mi voluntad?

*(La Padilla hace un gesto afirmativo.)*

Mi madre..., ¿acaso? ¡Nadie, nadie,  
a la Guzmán ha de tocar!  
¡Tengo el furor de los leones  
mas no el instinto del chacal!



D.<sup>a</sup> MARÍA. — *(Postrándose.)*

Pues, bien, señor, firma al instante  
la orden de su libertad...

De los perdones es la hora...

Da tu perdón a la Guzmán...

¡Es el regalo que te pido!...

DON PEDRO. — ¡Oh, mi ángel bueno! ¡Alza! ¡Beltrán!

*(Llamando.)*

El traerá el pliego...

*(Levanta a DOÑA MARÍA. BELTRÁN, aparece  
por la izquierda.)*

D.<sup>a</sup> MARÍA. — *(Abrazando a DON PEDRO.)*

¡Gracias, gracias!

DON PEDRO. — ¿Qué fuera yo sin tu bondad?

*(Se va seguido de BELTRÁN, por la iz-  
quierda.)*

## ABEN HUMEYA

Tragedia morisca en cuatro actos, y en verso

### ACTO CUARTO

*Salón del palacio de Aben Humeya en Laujar.  
Es de noche.*

#### ESCENA IV

#### ZAHARA

*(Al salir ABEN HUMEYA, ZAHARA le sigue ansiosamente con los ojos como si quisiera decirle algo; pero al ver que él desaparece sin mirarla, queda inmóvil y sobre la ansiedad de su rostro pone su máscara el rencor.)*

ZAHARA. — ¡Ni siquiera una mirada al salir!... ¡Ni una siquiera!...

*(Baja un instante la cabeza en el anonadamiento de su esperanza. Después se yergue amenazante.)*

¡Su suerte está decretada!...

*(Silencio angustioso. Después se agita en un ademán de protesta. Con voz que parece escapada del fondo de sus entrañas.)*

¡Pero no quiero que muera!

*(Avanza resuelta, como arrastrada por una fuerza oculta, superior a su voluntad, hasta el alhamí.)*

¡Voy a salvarle!

*(Con voz sorda, cerca del arco.)*

¡Señor!

*(Retrocede de nuevo, sintiendo renacer en su alma todo el rencor oculto de sus celos. Como si se increpase a sí mismo.)*

Mas, ¿qué le vas a decir,  
si aunque le salve tu amor,  
tus celos le harán morir.?

*(Como si en su interior luchasen desesperadamente las más encontradas pasiones. Poniéndose las manos a la boca, cual*

*si quisiera ahogar en sus palabras sus propios sentimientos.)*

¡Alma, tu piedad sofoca!...  
¡Celos, dadme vuestra ayuda,  
y haced que se torne muda,  
para la piedad, mi boca!

*(Golpeándose violentamente el pecho.)*

¡Corazón, calla tu mengua!...  
¡Para obligarte a callar,  
yo misma voy a cortar,  
entre mis dientes, tu lengua!

*(Pequeña pausa. Se dirige lentamente al mirador.)*

¡Aun en la blanca cimera  
del Almírez, no se advierte  
el resplandor de la hoguera  
que me anunciará su muerte!

*(Estremeciéndose, como si cada latido del corazón fuese un siglo de inquietud.)*

¿No vendrán?... ¡Ay! ¿Por qué tardas  
hoguera, tanto en arder?

*(En un arranque de desesperada ansiedad.)*

¡Quién te pudiera encender!...

*(Cayendo de bruces sobre el mirador, como si su corazón estallase en sollozos.)*

¡Pero, no!... ¡Pero no ardas,  
que arder no te quiero ver!...

*(Se queda un momento sollozando. De súbito, se levanta, queriendo sofocar su ternura con el recuerdo de la rival odiada.)*

¡Mas en vano el tiempo pierdo  
de loca esperanza en pos,  
que la sombra de un recuerdo  
se interpone entre los dos!

*(Como si a la evocación de la ausente despertasen en su corazón, de nuevo, más hambrientos que nunca, todos sus recuerdos.)*

¡Venganza!... ¡No triunfará  
de mi amor doña Isabel!  
¡Que muera!...

*(Se yergue con un gesto terrible de amenaza.)*

¡Sí! ¡Morirá,  
aunque yo muera con él!

*(Cae de nuevo en un sollozo desesperado.)*

¡Ojos que sólo soñásteis  
para sus ojos vivir;  
pobres ojos que mirásteis  
bajo sus plantas morir  
vuestra postrera esperanza,  
y que aún lloráis sus desvíos!...  
¡Decid, decid, ojos míos,  
si no es justa mi venganza!

*(Como si un rayo de esperanza iluminase,  
de pronto, las tinieblas de su desesperación.)*

¡Mas si él la diese al olvido  
y otra vez a mí volviera  
más amante y más rendido!...

*(Resuelta a salvarle.)*

¡No quiero, Señor, que muera!...  
¡Mas olvidar su traición  
tampoco, cielos, podré!...

*(La duda la estremece en una convulsión  
inaudita.)*

¿Qué voy a hacer?... ¡No lo sé!...

*(Desesperadamente.)*

¡Dímelo tú, corazón,  
que sangras por doble herida!...  
Corazón, ¿quién es más fuerte,  
el amor que grita ¡Vida!  
o el odio que ruga, ¡Muerte!?

*(Cae de nuevo, sollozando. Después se se-  
rena un poco y avanza resuelta hacia el  
alhamí. Tiende la mano para alzar el ta-  
piz, pero se detiene temblando, como es-  
pantada de sí misma.)*

¡y yo he podido forjar  
sin estallar de dolor,  
la infamia que ha de acabar

con la vida de mi amor!...  
¡Yo, que de amor encendida,  
por verle dichoso diera  
toda mi sangre y mi vida!...  
¡Y cien vidas si tuviera!

*(Queda un momento sollozando en silencio, apoyada en el umbral de la puerta de la izquierda, medio oculta por el tapiz que la cubre.)*

## J U D I T

*Tragedia bíblica en tres actos y en verso.*

### ACTO SEGUNDO

*Interior de la tienda de Holofernes  
en el campamento frente a Bhetulia.*

#### ESCENA ÚLTIMA

JUDIT, HOLOFERNES y SOLDADOS.

*Entra HOLOFERNES. Los capitanes que se disputan a JUDIT, permanecen en un ángulo, con ella.*

HOLOFERNES. — ¡Afuera, tahures, donde yo no os vea!  
¡Qué nobles ejemplos dais a los soldados!  
Los escudos sirven para la pelea,  
pero se deshonoran jugando a los dados!  
¡Así mis mandatos respeta el guerrero!...  
Para hacer al juego también los honores,  
sobre los escudos jugarme ahora quiero  
las torpes cabezas de los jugadores!



*(Todos permanecen inmóviles, cerca del trono.)*

Decidme, ¿qué pasa? Aceros desnudos  
y en mi propia tienda!...

Los dados tirados sobre los escudos...

¿Qué mala jugada movió la contienda?

¿Qué os pasa, guerreros, decid, qué tenéis?

Entre vuestras manos tiemblan las espadas.

¿Lo que habéis perdido al juego queréis

ahora, capitanes, ganar a estocadas?

Decidme, ¿qué os pasa? Hablad... ¿Estáis mudos?

Asur, ¿qué murmuras? Sharazer, ¿qué rezas?

¿Lo que habéis perdido al juego queréis

haré, si me place, con vuestras cabezas!

*(Da un puntapié a los escudos y los arroja en mitad de la escena.)*

SHARAZER. — *(Balbuciente.)*

Cuando al campamento, de la lid volvía  
a esta cortesana hice prisionera.

Que era presa suya, Asur pretendía...

HOLOFERNES. —

¡Que dos hombres riñan por una ramera!

SHARAZER. — Para evitar riñas todos convinimos  
a la prisionera jugar a los dados...

A hacerlo negóse Asur... y reñimos.

HOLOFERNES. —

¡Que por una hembra riñan dos soldados!

¿Tan poco oro queda en vuestra escarcela?

¿Vendisteis las armas? ¿Tan pobres estáis,

cuando por las joyas de una mujerzuela,

vuestra noble sangre verter intentáis?  
¿Se rindió Betulia?... ¿Ya no hay enemigos?  
¿Yá no quedan muros que asaltemos fieros  
cuando así queréis en pechos amigos  
probar la firmeza de vuestros aceros?  
Si anhelan mujeres vuestras mocedades;  
si el amor ardiente os quema en sus llamas,  
mujeres tenéis en esas ciudades  
donde aún no flotaron nuestros oriflamas.  
¡Ganadlas con vuestras espadas gloriosas!  
Mañana en Betulia las tendréis más bellas,  
porque sus mujeres son las más hermosas  
que danzan amores bajo las estrellas!  
¡Betulia, sus ricos fragantes harenas,  
a nuestros alfanjes abrirá mañana!...

ASUR. — (*Adelantándose.*)

¡Señor, un instante que escucharnos tienes...  
La cautiva es una joven betuliana!...  
La apresó esta mano, y me corresponde,  
según nuestras viejas costumbres de guerra.

SHARAZER. — (*Interrumpiéndole.*)

La presa fué mía...

HOLOFERNES. — (*A JUDIT que permanece inmóvil, arrebujada en su manto.*)

¡Cautiva, responde!  
¿quién te ha aprisionado?

JUDIT. — (*Temblando, aparte.*)

¡Su mirar me aterra!

HOLOFERNES. — (*Acercándose a JUDIT que tiembla de espanto.*)

Vamos, habla pronto; dime ¿quién ha sido?

JUDIT. — *(Temblando.)*

Los dos me apresaron...

ASUR. — *(Sin poder contenerse.)*

Mas yo fui el primero...

SHARAZER. — No. Fui yo.

HOLOFERNES. — *(Imperiosamente.)*

¡Callaos!...

JUDIT. — *(Cayendo de rodillas.)*

¡Compasión te pido,  
señor, de rodillas!

*(Al arrodillarse se le cae el puñal.)*

HOLOFERNES. — Mas, ¿por qué ese acero,  
cautiva, escondías bajo tu vestido?

JUDIT. — *(Procurando disfrazar su turbación.)*

¡Señor, ese acero mi mano guardaba  
para libertarme de mi negra suerte...

*(Volviéndose a los capitanes.)*

¡Nunca, capitanes, seré vuestra esclava,  
porque al cautiverio, prefiero la muerte!

HOLOFERNES. — *(Contemplándola con admiración.)*

¡Bravo arranque! Alza, que mirar anhelo  
si eres bella como eres arrogante!...

*(JUDIT se alza.)*

¡Si no lo levantas, rasgaré tu velo,  
que estoy impaciente por ver tu semblante!

JUDIT. — *(Timidamente, alzando el velo.)*

Puesto que lo ordenas, mi velo levanto...

*(HOLOFERNES se queda extático, contemplándola. Acercándose más aún.)*

HOLOFERNES. — Eleva orgullosa tu altiva cabeza...

Despoja tu cuerpo del peso del manto...

*(JUDIT se despoja del manto que cae a sus plantas, y aparece en todo el esplendor de su belleza.)*

¡Jamás vi belleza como tu belleza!...

*(Pequeña pausa. Aproximándose y tomándole una mano.)*

Por una mirada  
de tus negros ojos,  
por una sonrisa de tus labios rojos,  
yo diese mi espada,  
mi arnés, mis camellos y mis elefantes,  
mi casco de guerra,  
y todas las joyas, perlas y diamantes,  
que en sus camarines, Babilonia encierra!  
Tu cautivo fuera  
si me encadenases con tu cabellera,  
en la cárcel rosa  
de tus senos bellos...  
¿en dónde se alzan tus altares, diosa,  
que a mis propios hijos te inmolaré en ellos?

JUDIT. — (*Con timidez.*)

¡No soy cortesana!...

Yo soy una pobre mujer betuliana  
que huyó de Betulia. Buscando un seguro,  
a tu noble tienda, señor, he venido...

Paloma asustada que regresa al nido,  
y rama de hiedra que busca su muro...

¡Préstame tu amparo, calma mis afanes,  
si no quieres verme ¡oh, noble guerrero!  
morir en las garras de los gavilanes  
o aplastada bajo los pies del viajero!...

¡Mi señor, escucha...!

(*Insinuante.*)

De Betulia he huído... En ella no quedan  
recursos, ni armas ni brazos que puedan  
los nobles aceros blandir en la lucha!

¡A Dios olvidaron mis torpes hermanos,  
y Dios su castigo ha puesto en tus manos!

Ayer, combatiendo, cayó muerto Ozías;  
su brazo el apoyo de Betulia era...

¡sobre sus murallas, antes de tres días,  
verás a los vientos flotar tu bandera!

¡Ahórrate la sangre de bravos guerreros,  
que los betulianos no son digna presa  
de vuestros aceros!

En la guerra, cesa:

al león, leones; pero no corderos!...

¡Que envaine la espada tu brazo bizarro!...

¿Para qué batirlos si antes de tres días,  
entre aclamaciones, por sus amplias vías,  
tronarán las áureas ruedas de tu carro?...

**HOLOFERNES.** — (*Acercándose a ella.*)

¡Mis ojos bendigo,  
porque te han mirado!...  
Mujer de Betulia, te quedas conmigo!  
Serás a mi lado  
la flor más preciada,  
la más noble ofrenda,  
el botín más rico que guarde mi espada  
bajo el rojo y áureo dosel de mi tienda!...

(*A ASUR y a SHERAZER.*)

¡Vosotros, guerreros,  
que con los aceros  
os la disputáis,  
como los tesoros  
de un regio y espléndido botín, dos bandidos:  
si tan sólo ansiáis  
las gemas, los oros,  
que adornan y esmaltan sus nobles vestidos,  
aquí los tenéis!... Ajorcas, diademas,  
áureos brazaletes, collares de gemas...  
¡de los dos es todo!... También repartíos,  
¡Oh, bravos soldados!  
la túnica egregia que con sus bordados  
y sus atavíos,  
encubre el misterio  
de sus formas bellas, como dos rivales  
monarcas que parten en trozos iguales,  
el manto de púrpura de un glorioso imperio.

*(Durante esta relación va despojando a JUDIT de todas sus joyas y se las entrega, las de la derecha a ASUR y las de la izquierda a SHARAZER. Al final desgarrá la túnica y arroja sus pedazos a los dos guerreros, envolviéndola en su propio manto.)*

La paz reine en todos. ¡Cesó la querella!...  
Fué vano el estruendo de vuestra porfía...  
Las joyas son vuestras... La mujer es mía...  
¡y ahora, quien se atreva, que venga por ella!

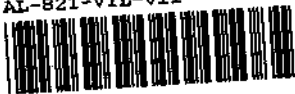
*(Toma en sus brazos a JUDIT, y recorriendo la cortina del fondo, se dispone a llevársela, mirándolos fieramente.)*





B. Dip. Almería

AL-821-VIL-vil



1002963

LAUREL

# Colección LAUREL

## RELACIÓN DE SUS PRIMEROS TÍTULOS

- |                                    |   |
|------------------------------------|---|
| 1. - JOSÉ ESPRONCEDA               | 12. - CHARLES BAUDELAIRE                                    |
| 2. - JONÉ SARRI                    | 13. - HERMANOS ALVAREZ QUINTERO                             |
| 3. - GUSTAVO A. BECQUER            | 14. - QUEVEDO   |
| 4. - RAMÓN DE CAMPOAMOR            | 15. - AMADO NERVO   |
| 5. - GERTRUDIS<br>G. DE AVELLANEDA | 16. - JOSÉ M. <sup>o</sup> PEMÁN                            |
| 6. - ENRIQUE HEINE                 | 17. - EDUARDO MARQUINA                                      |
| 7. - JOSÉ ZORRILLA                 | 18. - JORGE MANRIQUE  |
| 8. - SCHILLER                      | 19. - LAS MEJORES POESÍAS AMOROSAS<br>DE LA LENGUA ESPAÑOLA |
| 9. - LOPE DE VEGA                  | 20. - FRANCISCO VILLAESPESA                                 |
| 10. - EDGAR A. POE                 | 21. - LAS CIEN MEJORES POESÍAS DE LA<br>LENGUA ESPAÑOLA     |
| 11. - LUÍS DE GÓNGORA              |   |



EDITORIAL  
BRUGUERA

N.º 20.

PRECIO 5 PTAS.